



LA VIDA PINTORESCA
DE APTURO BÜHRLE
DAD PEDRO SIENNA



ES PROPIEDAD DEL AUTOR

LA VIDA PINTORESCA
DE ARTURO BÜHRLE

OBRAS DE PEDRO SIENNA

| | |
|---|------|
| Muecas en la sombra.— Versos..... | 1917 |
| La tragedia del amor.—Comedia en tres actos en colaboración con Bernardo Jambrina..... | 1919 |
| El Tinglado de la Farsa.—Sonetos de la vida de Teatro..... | 1922 |
| La Caverna de los Murciélagos.—Novela espeluznante y melancólica..... | 1924 |
| Un disparo de revólver.—Comedia en un acto..... | 1929 |
| La vida pintoresca de Arturo Bührle..... | 1929 |

PEDRO SIENNA

LA VIDA PINTORESCA
DE ARTURO BÜHRLE

Con 25 dibujos de Víctor Bianchi.



SANTIAGO DE CHILE
Dirección General de Talleres Fiscales de Prisiones
Taller Imprenta

—
1929

I

A telón corrido

A telón corrido

A telón corrido, por la izquierda, aparece el autor, vestido de Arlequín y de luto.

Pausa.

Luego, dice:

Respetable Público, las cosas claras. No tengo para qué jurarlo, porque sé que más vais a creer: el título de este libro es una estafa. Así como sueña. Y todo este prólogo no tiene más objetivo que el de probar mi acusación y conseguir el indulto.

Yo no pretendo contar la **vida** de Arturo Bührlé, ni aún me creo capaz de definir su carácter: comprendo que se merece el gran actor un La Bruyére en este caso y un Plutarco en el otro.

Qué hacerle. ¡Paciencia!

Y no obstante, creí la empresa fácil. "Material — me dije — tengo de sobra: la vida pintoresca de Arturo Bührlé es un filón. inagotable". Pero, en cuanto empecé a mascar el lápiz de la primera acometida, lo confieso con vergüenza, se me cayó la casa.

¿Cómo coger a un hombre que, a pesar de su inmensa personalidad, fué una gota de azogue que se escurría entre los dedos? Cómo fijar la silueta movediza, el dinamismo, de uno de los



Vestido de Arlequín y de luto

caracteres más disparatadamente contradictorios que he conocido? Cómo elevar la arquitectura de una existencia que se desquiciaba a cada rato? Cómo encauzar la línea de una vida que se salió de madre a cada paso? ¿Cómo crear de nuevo ambiente y situaciones donde se proyectaba el héroe, si él fué, precisamente, quien produjo ese ambiente dislocado o aquella absurda situación?

Y luego ese desorden de Bührlé, "rayano en la inverosimilitud" — como dice una actriz, amiga mía, que hace gala de vocalización y suelta cada furcio que Dios tiritá — ese desorden de fondo y forma y en sus tres dimensiones, que lo desorbitaba, que lo ponía al margen de toda regla.

Ya con el hecho de ser cómico, quedaba fuera de la ley usual. La vida de teatro en sí, es casi la renuncia al orden establecido. Anormal y amoral, es el Imperio de la Anarquía la Farándula.

(¡Farándula!... Bella palabra ¡voto a bríos! Está llena de música y de magia — mandolinas a la media noche bajo una luna enorme. — Lo mismo que la caracola guarda la lejanía del fragor del mar, ella encierra la gama tumultuosa de la vida errabunda. Toda la lira del tinglado, con sus aventuras, con sus amoríos, con sus ambiciones y su perenne inquietud. Iluminada por dentro como un farol chinesco, giran en torno de ella mariposas nocturnas. ¡Farándula! Fanal de carrousel. Tiene la cabeza trágica y las piernas de bailarina. Es pálida y alegre. Cuando bebe champaña, llora y se ríe estrepitosamente, con la boca pintada y el sombrero de copa echado atrás).

Pero aquí mismo Bührlé marcaba un ritmo

disolvente, una segunda dislocación, un descoyuntamiento sorpresivo, que proyectaban su figura única contra escenarios únicos también.

Para ponerme a tono procederé como el protagonista: desordenadamente, sin plan, sin armazón. Me parece la sola manera decente de atraparlo. No tratar de seguirlo, porque se escaparía. Ir a salto de mata. Pillarlo de sorpresa, desprevenido. Contar las cosas de él, y que su traza vaya apareciendo libremente, a favor del copioso anecdotario con que ilustró su paso por el mundo. Coger al azar, fragmentos de recuerdos y ensartarlos, como cuentas de vidrios de colores, en el hilo entusiasta de mi cariño fraternal. Lo mismo que el rosario de un saltimbanqui.

Yo pongo este rosario de recuerdos en las manos de todos. Al repasarlo, se observará talvez que escasean los **misterios dolorosos** y son más los **gozosos**. Pero no lo creáis, esto es un escamoteo de juglar. Están ahí los dolorosos, bien seguro que estoy, bajo un barniz de disimulo. Están ahí, mortificados y tensos como los músculos del trapeceista que contorsiona su cuerpo con sonriente gallardía. Es un escamoteo que se efectúa en pro del espectáculo. La gente aplaude el resultado y no premia el dolor si ha sido estéril. El triunfo es del héroe estoico. Al público le asquea el drama de entretelones; prefiere ignorarlo, atento sólo a la función escénica. Si acaso se interesa por la víctima, es al modo de los **gourmets**, que pudren la becasina para gustarla mejor. Los gladiadores de Roma sabían agonizar escultóricamente; y caían, por eso, coronados de ovación. El público desdeña el rictus de la fatiga y adora el bello gesto.

Pero no divaguemos. Yo entrego este rosario

devotamente. Es profano y burlesco; pero está perfumado de emoción. Una sombra inmortal lo dignifica. Y lo mismo que todos los rosarios termina en una cruz.

*

* *

Murió el que poseía el aura animadora — motor de fuerza centrípeta — que reunía las almas, decorándolas con un lazo de ingenio. Malabarista del retruécano, prestidigitador de manos hábiles, que robó el corazón como una fruta y trasmutó su propia sangre en llama para encender la risa consoladora; él se llevó el secreto de fakir, que hace saltar en medio de las multitudes el arco fresco de un juego de aguas, episodio de gracia, brotado de la nada, y que nadie después sabrá crear.

*

* *

Vulgaridad y media es lamentarse de la pobreza de expresión. A todos ha mordido ese dolor oscuro. Todos clamaron. Desde Flaubert, el mago de 'Salambó', para quien "la palabra humana es como una caldera hendida de donde arrancamos armonías para hacer bailar a los osos, cuando quisiéramos emocionar a las estrellas", hasta el último infeliz enamorado que "no halla palabras para pintar su pasión."

Y sin embargo, clamo yo a mi vez. Cada arte tiene su dominio, su pequeño dominio, y es falsa toda conquista más allá de fronteras. Pictóricamente, por ejemplo, un paisaje será siempre sereno, aunque figure un bosque azotado por el vendaval. Y un escuadrón a la carga, también. La

pintura es extática: no puede haber acción en la quietud. Una foto instantánea cogerá el movimiento, pero será un instante único — que se queda haciendo el ridículo por una eternidad. Sólo el cinematógrafo realiza el milagro. Y esto lo pide Bührle a gritos, una película con mucho truco y descompaginada por añadidura.

Porque el dinamismo, y el simultaneísmo, y otros ismos literarios son pura filfa. Hay recetas admirables en teoría, que se tragan en esos ratos de buena voluntad que tiene uno; pero después asquea la engañifa. Nuestra imaginación emprende el vuelo y se remonta en vano. Aguila o buitres, cae desde lo alto, aleteando, sobre el gusano negro de la prosa que se arrastra babeando el mismo abecedario.

Queda una puerta de escape: la colaboración de quien me lea. Confío en ella. Confío en que el lector me ayude a armar en el vacío, el escenario *ad-hoc*, en donde piruetea este payaso inimitable..

Yo pongo sólo un esqueleto sobre una cuerda floja; si se mantiene no será triunfo mío: nuevo Cid Campeador, ganará la batalla después de muerto, guardando el equilibrio con su ingenio como con un eterno balancín.

Poca cosa os ofrezco: cuatro muecas de aquel que tuvo miles, (*) notas dispersas de un jazz wagneriano jaleado por un bufón; facetas, pot-pourri... Mancha de luz — como gota de sol que roba un niño en un pequeño espejo — paseada a lo largo de un friso móvil, abigarrado, teatral y de un alto relieve inconfundible. Letra muerta en fin, que nunca podrá animarse con el ritmo fre-

(*) De muecas.

nético que aceleró la vida del gran cómico, llena de una impaciencia arrebatada, imprevisora y errátil, enteramente absurda en apariencia, y que sin embargo, cumplió su misión.

¡Noble misión de hacer reír! Todos le somos deudores de una hora de olvido, de un paréntesis de alegría en medio de la brega. Bohemio de corazón, derrochador insigne de su tesoro, nadie como él supo espantarnos el esplín, la fatiga del cuerpo o el cansancio del ánimo. Nada le resistía. El supo despejar al melancólico, barriéndole la niebla del desengaño, del ideal deshecho y del amor perdido; estremecer las panzas bien cebadas facilitándoles la digestión; desarrugar los ceños comerciales, aventando las letras por paga; aniñar los espíritus, prendiendo un rosetón de cascabeles en el testuz del monstruo cotidiano.



Y basta ya de prólogo. Ideas y recuerdos, en franco maridaje, fecúndanme palabras que se impacientan por salir a luz: se multiplican, se desesperan, enroscan espirales infinitas, saltan como liebres y se atropellan por acomodarse, como en los grupos fotográficos, estirando el pescuezo para lucirse todas a la vez. Luego en un vórtice de fiebre se alargan como rayos luminosos de una circunsferencia sideral y giran, giran en la hélice de un arco iris arlequinescamente multicolor.

Es que quieren bailar la zarabanda, cogidas de la mano, en homenaje al cómico genial por quien ahora nacen a la vida.

II

La Noticia

La Noticia

(Copio una página de mi diario íntimo)

“Domingo 3 de abril de 1927.

Los ruidos de la calle me despertaron ya muy entrado el día. Por entre los visillos de la ventana, un sol delgado y rubio como príncipe de leyenda, metió su lanza de oro hasta mi cama para botarme abajo.

Pedí los diarios y un racimo de uvas. El desayuno espiritual — sabroso gajo de noticias frescas — y otro de ámbar dorado.

Le abro las alas a un periódico. Paso por alto el editorial. Sigo con la inicial ojeada panorámica que damos a las páginas hasta topar un punto de interés.

De pronto una noticia, metida en donde no le corresponde, noticia de última hora que se encaja en cualquiera parte, me hace dar un respingo: y quedo frío, boquiabierto, idiotizado. Uno hace primero el gesto y luego piensa con arreglo a él. Pienso, pues, una tontería: “No puede haber muerto. Esto es imposible”.

Lo que decimos para rechazar el golpe que va a hacernos daño: marcha atrás inconsciente

de todo el mecanismo ante el dolor inevitable. Como la contracción nerviosa en la quemadura.

Sin embargo está ahí, frente a mis ojos sin párpados, la tremenda noticia que hunde instantáneamente su memoria, que aplasta el triunfo del amigo ausente, su sonrisa de niño grande, sus bizarrias de artista, su simpatía única, sus arrestos geniales, su vida toda.

Ahí está la paletada cruel, botada en un rincón de la "Página Política", el párrafo intruso, cercado como las tumbas por un cerco negro.

Dice:

ARTURO BUHRLE, HA MUERTO

Comunicaciones telegráficas recibidas en la madrugada de hoy, hacen saber el fallecimiento del popular artista Arturo Bührlé, ocurrido en la ciudad de Valdivia, anoche a las 12 y media.

Su desaparición constituye un recio golpe para la esce.....

Anoche... A las 12 y media...

Anoche a las 12 y media yo estaba en el "Coliseo"... Después fuimos a cenar con Ra-

fael Frontaura, Daniel de la Vega y un par de bataclanas... Estábamos alegres y dicharacheros... Brindaba Frontaura con la copa en alto: "¡Salud! Por los artistas que están lejos"... Y no sabíamos nada... ¡Claro!... Si uno nunca sabe nada...

Y luego nos lanzamos a la calle. La luna llenaba las aceras.

Era tarde ya. Una claridad oportuna plateaba las locas cabelleras y acariciaba las ojeras de nuestras compañeras...

Cierto... Lo mismo que en los versos de Daniel...

Después partimos en un coche abierto... Yo miré hacia arriba... El cielo descongelaba su duro esmalte azul... En el océano de turquesa naufragaban las últimas estrellas... Venía el amanecer... Tú no alcanzaste a verlo, Arturo... Estabas allá lejos, inmóvil, cara al cielo también, caído después de la pirueta suprema, como un macabro Polichinela con la cuerda rota...

Hay un cruce de líneas telefónicas en mi cerebro: resonancias olvidadas. Cuadros quedados en el fondo. Ecos de aplausos como un rumor de mar. Planos de públicos superpuestos. Figuras truncas, cortadas a bisel. Lejanos escenarios. Un perfil del actor que se ríe detrás de la solapa levantada. Un tren que pasa zigzagueando, en la noche, con una cola de chispas. Humo...



Hay un cruce de líneas telefónicas en mi cerebro

Y ahora... Tal vez la página blanca me cegó. Como la quedé mirando tanto rato... Porque parece que el sol se va apagando, se va apagando como una lámpara detrás de los visillos, dejando el cuarto en la penumbra y entristeciendo esta mañana de domingo.

¡Bah!... Seguramente alguna nube que pasó bajo el sol. Hay que ver que ya estamos en Otoño.

Pero el racimo de uvas no me lo comí”.

III

Boceto para un retrato

Boceto para un retrato

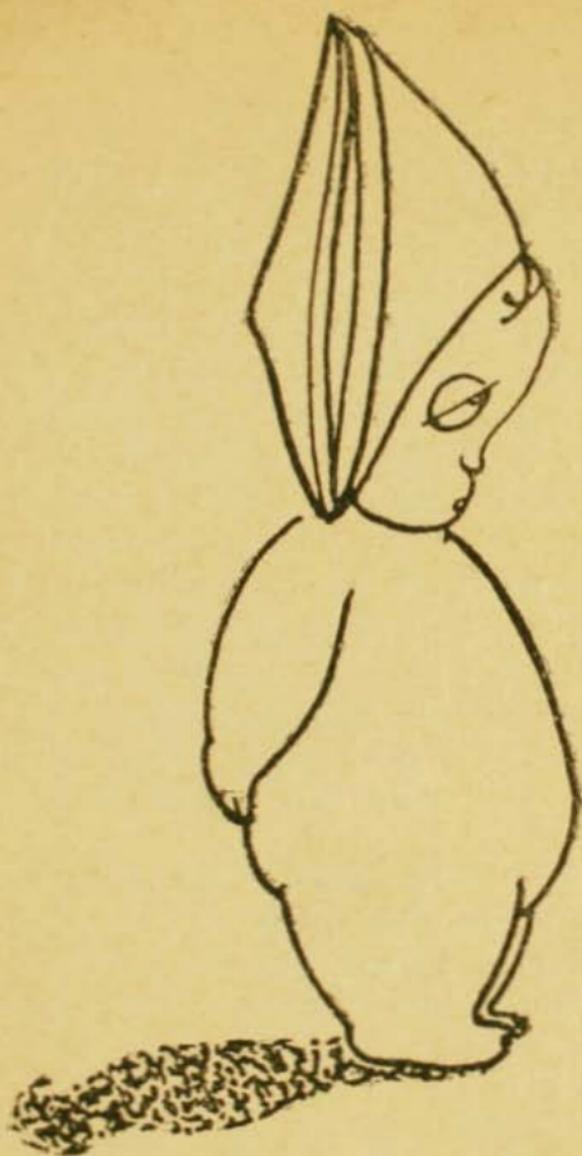
No borrosa. Ni doliente, ni triste. Ni siquiera con franja de luto. La imagen de Arturo Bührle se me aparece clara y nítida, acusada con fuertes caracteres, iluminada a todo foco y hasta con esa luz de abajo de las candilejas.

De corta estatura, proporcionado, regordete. Blanco, rosado. Cara de manzana, sin una arruga. Boca pura, fina, bien dibujada, nariz de pilluelo, un poco "en l'air", y unos grandes ojos azul celeste, ojos de nórdica pureza, ojos de niño noruego, que miran sorprendidos bajo una testa napoleónica que la calvicie empieza a desplazar.

Desnudo hubiera parecido un **kewpie**, de esos panzoncitos de celuloide. Con el sombrero de hule, Bonaparte, a quien gustaba de caracterizar en broma, metiéndose la mano en la abotonadura del chaleco y dejándose caer sobre la frente el mechoncito histórico.

También habían en su cabeza reminiscencias lineales de Tallaví, aquel gran comediante español, que consagramos en Chile, que guardó de esta tierra un recuerdo perenne (*) y que murió

(*) Regularmente la gente de teatro es voluble y desaprensiva. Hoy aquí, mañana allá, en todas



Desnudo hubiera parecido un «kewpie» de esos pan
zoncitos, de celuloide

en España de un mal desconocido por la ciencia, autosugestionado por los roles que interpretaba. Murió de lo mismo que moría en escena, como el Osvaldo de "Los Espectros", como el Padre Ramón de "El Místico", roto el sistema nervioso y el corazón hecho trizas.

De una extremada sensibilidad, los personajes que encarnaba se le metieron hasta la médula. Hasta que lo mataron.

Aunque llevado en este caso al límite, el hecho no es por lo demás extraordinario. Las profesiones imprimen carácter — con más razón si actúan en terreno propicio — y bien raro es quien logra substraerse a esta ley. ¿Por qué los comediantes vamos a ser una excepción? Militares hay que harían cumplir con la ordenanza hasta a su suegra y cambiarían el campanileo del almuerzo por un toque de corneta; curas, que cuando empinan el codo, ponen los ojos en blanco cual si estuvieran consagrando; y comerciantes norteamericanos que solucionan un adulterio como quien liquida un mal negocio.

Nada de extraño; porque lo natural es que el

partes hallan su segunda patria. Por disfrutar de un apogeo efímero, no saben ser consecuentes. El caso de Tallaví es inaudito. El contrajo una deuda de gratitud con el público de Chile y permaneció leal. En un país extranjero salió en defensa nuestra aún a costa de la fuerte antipatía que le acarreó su actitud. Conocida es la frase que dijo al partir: "No vuelvo más, y si vuelvo, será cuando ésto sea colonia chilena". Durante los años que trabajó en España, fué nuestro más espléndido vocero, y la visita de un chileno era fiesta para él. Bien merece el caballeresco y malogrado actor, este pequeño recuerdo cariñoso.

hombre, animal de costumbres, metido en lo suyo por obligación o encariñado con ello, extravase su ambiente más allá del oficio, voluntaria o involuntariamente.

Aunque la gracia está en despistar: por eso los boxeadores profesionales cuando saludan, entregan la mano suelta, como de lana; los profesionales, repito, porque los aficionados...

A lo que iba. Arturo Bührlé sufrió, pues, la influencia de su profesión teatral. De más está decirlo, en un sentido diametralmente opuesto al caso de Tallaví. Los papeles cómicos se le metieron también hasta la médula y le crearon una segunda naturaleza.

Esta segunda naturaleza, desplazando poco a poco su primitiva idiosincracia, fué revistiéndole de una modalidad bien claramente acentuada, de la que el supo aprovecharse para explotarla en beneficio propio.

De ahí que muchas personas se quedaran pasmadas ante los principios morales del actor, cuando eran víctimas de las originales fórmulas que ponía en práctica para arreglar — o desarreglar según ellos — la marcha de un negocio o las dificultades de una situación.

Bührlé tenía un concepto bastante humorístico de la vida, en lo que hacía bien. Acaso sea esta la actitud menos ridícula que se pueda adoptar frente a la Vida — sobre todo cuando se escribe con mayúscula. — Pero vaya usted a convencer con esta filosofía a un empresario o al dueño de un hotel...

Es que esta gente es poco refinada y no entiende de sutilezas. Porque no era Bührlé quien procedía así; eran sus personajes de comedia quienes sacábanlo de apuros; era la muchedum-

bre de simpáticos frescos de Arniches, Muñoz Seca y compañía, que puebla los sainetes españoles; eran los tipos abigarrados de Cariola y Frontaura los que le resolvían el conflicto, sin ninguna aprensión ética y en menos que canta un gallo.

Y no me extendo más sobre el asunto, porque será motivo de un capítulo entero para más adelante.

*

* *

La cara de Arturo Bührlé era expresiva y saludable. Cara de buen muchacho vividor. Una continua sonrisa inflaba sus carrillos, mientras sus grandes ojos claros se iluminaban con la picardía de un chicuelo que trama una maldad.

Tal es la máscara que el común de la gente ha colgado en el **hall** de su memoria. Pero unos cuantos que compartimos con Bührlé, no ya los ratos de banal jolgorio, sino también la hora mala, cuando la vida ajusta su balanza y cobra su compensación, vimos cómo esta máscara ocultaba dos faces, como la doble carátula griega. El rosa se fundía en amarillo, los maséteros prensaban las mejillas, los labios se crispaban; una profunda arruga partía el entrecejo, obstinando la frente, y los ojos azules tomaban la dureza y el color del acero.

Ojos terribles entonces, como zonas de cielo bajo la tormenta. Sólo que no duraba mucho la tempestad. Eran rachas veloces que se alejaban pronto. A Bührlé nunca le gustó la tragedia; prefería el sainete.

En el teatro, cuando el azar le deparaba un papel serio, no conseguía mantener el tipo más de un acto, porque salía a lo mejor con un desplante cómico que corroía al personaje como el ácido prúsico.

Así también, en medio de sus crisis sentimentales o económicas, rompía de improviso la tensión molesta con un chiste oportuno. Defensa natural de su alma recia, soberbio puntapié que hundía las costillas de la mala suerte y la echaba trotando hacia la calle con la cola entre las piernas.

IV

Trago Amargo

Trago Amargo

Dicen que el trago amargo hay que pasarlo pronto. Por eso abordo cuanto antes el menos recomendable de los aspectos del glorioso actor.

No creo que alguien sea tan estúpido, capaz de echármelo en cara. Yo bien quise esquivarlo, descartar ese naipe marcado de su baraja pintoresca, o saltar a la garrocha con la pluma para salvar el obstáculo. No pudo ser. Dicho aspecto resulta imprescindible en la línea total de su silueta.

Es doloroso, pero hay que decirlo: Arturo Bührlé se entregó al alcohol como un desesperado. Así, sin reticencias, sin atenuantes.

Por otra parte, no es un misterio para nadie: medio país, cacho en mano, compartió con él las delicias del trago en las cantinas. “**Borracheras**”, las llamaba Bührlé, ya fuera un bar de lujo, la cantina de un barco, una taberna de arrabal, o aquel rincón del carro equipajero, donde suelen llevar los compañeros carrilanos — para aceitar los rieles de la amistad — el chuico pleno de chicha baya o la damajuanita de mosto tinto.

—“Pero yo no soy un borracho — solía decir Arturo. — A todo le cambian nombre; yo soy un franco tomador.

Y, francamente, tomaba. A toda hora y siempre. Y no se **emborrachaba**. ¿Verdad, compadres del Norte? Verdad, compadres del Sur?

Tenía una resistencia de cosaco, de bárbaro, de mil diablos.

—¡Es colosal! — berreaban los cofrades, cuando admirábanlo firme como un peral, y ellos tenían ya los ojos de carnero, después de la vigésima corrida.

De un vasto eclecticismo en la materia, Arturo no le hizo nunca feos a ningún líquido espirituoso. Pero su trago favorito era el **bührle**.

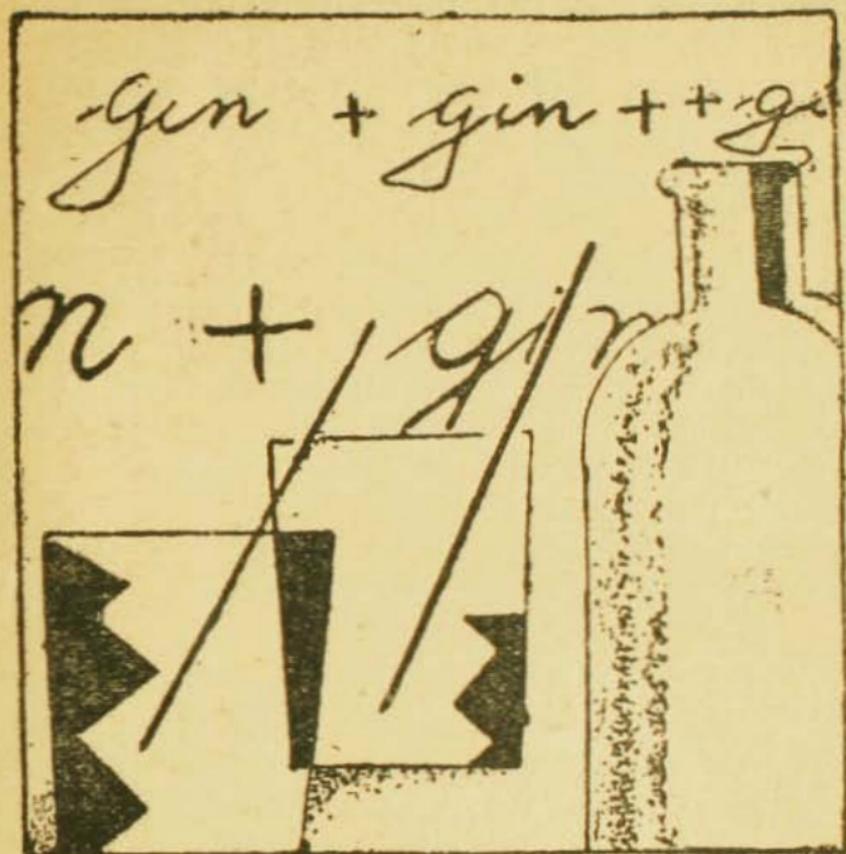
Había que verlo atizarse, de un solo viaje, esos tremendos **bührles** que no aguantaba nadie más que él, y que consistían en un vaso alto, de esos cerveceros, lleno hasta los bordes, con la siguiente fórmula curativa:

$\frac{7}{8}$ de gin + $\frac{1}{8}$ de bilz + X gotas de amargo

Si el boliche era humilde y no tenían gin, se ponía coñac; si no había coñac, aguardiente de apio. El ingrediente básico era trasmutable; pero en el **bührle** legítimo rige la fórmula primera

Trago famoso en toda la República, de Tacna a Magallanes. Lo puede usted pedir sin miedo a engaño en cualquiera buena borrachería. Aunque talvez no haya caso. Le ocurre a esta bebida lo que a la espada del héroe de Roncesvalles. — **Nadie la mueva, si estar no quiere con Roldán a prueba.** Muerto Bührle, nadie es capaz de levantar un **bührle**.

Hasta en eso, hay que reconocerlo, fué insuperable nuestro gran actor. Si exhibió méritos para clasificarse campeón teatral, por su vis cómica de primera fuerza, también los tuvo para



...esos tremendos «bührles» que no aguantaba nadie más que él...

lo otro: era el campeón nacional del trago. Mano a mano, no había quien le hiciera frente. Era imbatible, era el Campeón.

Vi caer a los pies de mi amigo a los mejores hombres de esta tierra — que dicho sea de paso, son entendidos en la cuestión. Sólo el cojo Hein, de Rancagua y Nemesio Martínez, solían aguantarle algunos rounds. Pero quedaban **groggys**.

Pues no era un **bührle**, ni dos, ni tres, ni cinco, ni diez, los que tomaba al día. Eran más, muchos más: se perdía la cuenta. Y mientras más bebía, su entusiasmo cobraba nuevas alas. Agil la mente, le risa pronta, expedita la lengua y el buen humor inalterable, su charla hacía ferviente, ardorosa, fluída, cada vez más interesante. No decaía nunca.

Resistencia asombrosa, constitución de hierro, salud a toda prueba, de las que el cómico abusó conscientemente, sin control y sin lástima.

Arturo se entregó al alcohol como un suicida.

Cuando se retiraba por las noches, después de cenar, no se olvidaba nunca de su **desayuno**: una botella negra, cargada de **bührles** hasta la boca. Se la llevaba oculta en el bolsillo de atrás. En el bolsillo del revólver.



No quiero hacer aquí la apología de Bührle-tomador; pero tampoco quiero disculpar hipócritamente su vicio.

Si existe en mí la comprensión perdonadora, es porque miro desde lo alto, colmado el pecho de un cariño inmenso por el buen camarada que

se fué, y porque las ventanas de mi alma las tengo abiertas frente a los cuatro puntos cardinales.

Que arroje la primera piedra quien esté limpio de pecado. Y luego, a nadie le debe importar un pito que un actor tenga una mala costumbre, máxime si con ello sale ganando el público o es este mismo quien la impone.

Es el caso de Bührlé.

Porque cuando, por una causa insólita, salía a escena **bueno y sano**, llegaban los amigos al camarín a lamentarse.

—¿Qué te pasa esta noche, guatón, que estás trabajando tan a lo serio? Pónele más tinca.

—Espérense para el otro acto — contestaba. Se van a hacer huincha riéndose.

Y mandaba buscar un **bührlé** doble.

¡Cuánto chiste soberbio, cuánto retruécano oportuno, cuánta improvisación feliz, brotaron sobre el tablado, a la luz de las candilejas, como las flores del panteón, nutridas con la savia de la muerte que, lentamente, iba pudriendo las entrañas del **payaso inimitable**.

¿Alguien opina que al consignar estas verdades se oscurece la figura del actor? Yo no lo estimo así. La luz le sobra. Y bien podría ser que sin la tinta oscura, no destacara fuerte su relieve.

No es con blanco y blanco, como se valoriza el alma de un retrato. Si no, que lo diga Rembrandt. El relieve requiere la sombra, se acusa por ella. La claridad salta más lejos cuando hace trampolín de la tiniebla.

En la canción desesperada que fué la vida y muerte de Arturo Bührlé, se trenzaron dos voces: una clara y vibrante, otra fúnebre y opaca.

Esto lo sentí una noche en los nervios, oyendo la barcarola de los "Cuentos de Hoffmann".

Uno escribió por ahí que cuanto más altas son las montañas, sus precipicios son más profundos. Así también la vida de los hombres.

El mediocre se aduerme en su llanura y se cree dichoso porque nada le hiere. Parda llanura, sin accidentes imprevistos, sin bravas eminencias, sin un atajo traicionero. Camino plano, sin un molino que se vuelva loco cuando atraviesa el viento de la tarde silbando un ritornelo apasionado.

Las cosas valen lo que cuestan. La gloria, el éxito, el amor, se conquistan con sangre: del cuerpo o del espíritu.

Antes de aterrizar en la victoria, domina el aviador, nubes de vértigo sobre el abismo de los ventisqueros o la profundidad de los océanos.

La cruz de guerra no es de los cobardes: un dragón la defiende, que escupe fuego y tiene el lomo erizado de bayonetas.

Para alcanzar el amor cumbre, la escala de pasión de los Romeos, se engarfia en la tragedia.

La corona triunfal de los poetas la tejen por la noche las arañas del insomnio, que se alimentan de materia gris.

*
* *

Después hay una cosa que se llama el color, lo pintoresco; lo que en una existencia se traduce en brío, música ardiente, penacho aventurero. No acepto ni el brocato si es **brodé ton sur ton**. Podrá ser muy discreto, señorial, fino, y hasta

suntuoso si se quiere; pero de encanto chato, de lujo muerto, sin el grito bizarro del contraste.

¡Y olé por los mantones de Manila!...



Bührle tuvo también sus detractores — ¡cómo no iba a tenerlos! — que con ese odio instintivo de los mojigatos a los que imponen un carácter, restaban méritos al artista por las flaquezas del hombre.

Los mojigatos, desde la prehistoria a nuestros días, quieren arreglarlo todo con una frasecita: “Eso no se hace”.

Y desde la prehistoria a nuestros días, eso se hace.

Almas estrechas, corazones secos, fanáticos, insufribles, incapaces de amar con libertad, y por tanto de comprender, y por tanto de perdonar.

Aplauden lo manso, lo tibio, lo blando, cosas con gusto a jabón. Avalúan el cuadro por el marco; cuelgan al pecho de los vencedores una etiqueta infame donde inscriben su defecto, su vicio oculto, su debilidad. ¡Pobre Wilde!...

¡Que Bührle se embriagaba?... Sea. Pero el actor triunfaba en toda línea. Y esto es lo único que importa.

Nuestro gran bufo se abrió camino solo, sin más armas que su gracia, sin más escudo que su simpatía. Y él afilaba su arma de combate donde mejor le acomodaba.

—¡No! Es que le gustaba tomar — dirá la gente de criterio simplista.

Sí; le gustaba, y tanto, que cuando los doc-

tores se lo prohibieron, al poco tiempo volvió a tomar. Y después de salir del Manicomio, donde estuvo dos meses viajando por las calles de Saturno, volvió a tomar.

¿Falta de voluntad? Atracción irresistible?
¿Imperiosa obsesión?

Es que de ahí salía al teatro, a su teatro, señores; y esto si que era su obsesión, la pasión de su vida, la atracción irresistible...

Y al presentarse de nuevo, él, que estuvo siempre de favorito, y en ello afirmaba su legítimo orgullo no consentía en abandonar el puesto.

Había que triunfar, mantener alta la bandera; tapar la boca de la envidia, la de los malos compañeros que prometían el fracaso; no inspirar compasión, sino al contrario, deslumbrar con el éxito. En una palabra, ser otra vez el artista famoso, el primer actor cómico de Chile.

Y lo conseguía, pero... ¡a qué precio!

Más, no se quejó nunca. A lo sumo, en los últimos tiempos, cuando el licor le atarazaba ya el organismo, solía repetir con su sonrisa de siempre, una frase que sus íntimos recordarán seguramente: "**Nadie tiene la culpa. El único enemigo de Bührlé es Bührlé**".

Expresión resignada que le salía de lo hondo, en que un asomo apenas de amargura se transparenta en la verdad heroica, y donde acaso está la clave de toda su tragedia.

Seamos comprensivos, meditemos un poco; adivinemos en su ambición de artista el secreto de ese fatal retorno a la bebida, y no precipitemos sobre su memoria un juicio temerario y humillante.

El alma humana está cruzada de misteriosas

galerías, laberintos profundos, en donde la conciencia se extravía, retrocede o se anula.

¡Pobre Arturo!...

¡Quien sabe por qué barrancos de delirio se despeñaba dando tumbos su voluntad herida! ¡Quién sabe qué vacío negro, qué noche hueca se abría allá en el fondo de su alma que él llenaba de alcohol como una copa!

En este instante, por explicable asociación de ideas, viene a golpear en mis cristales el fantasma sombrío y fulgurante de Edgardo Poe, el yanqui trágico. — el sublime borracho de **Baltimore**.

El también, puso a recocer su espíritu, como una gota de opio, sobre la llama del alcohol, para alzar en el aire de Norte América, saturado de humo de fábricas, el fabuloso imperio de humo de su imaginación.

Fantasia de fiebre y maravilla, donde se agita un mundo nuevo, de trabazón matemática y de humorismo patológico. Siniestro Maelstron, en el que hierven doctores y alienados. Palacio tenebroso — **rendez-vous** de aparecidos — plagado de gatos brujos, asustados de sí mismos, que enarcan el horror encima del espinazo, con la cola espeluznada.

Mundo de las mujeres irreales. Vastos salones silenciosos que cruzaba la pálida **Ligeia**-solitaria, sonámbula y espectral, como una luna de pesadilla.

País lejano del ensueño, perdido allá en la bruma del horizonte, donde mora la dulce **Anna-bel Lee**.

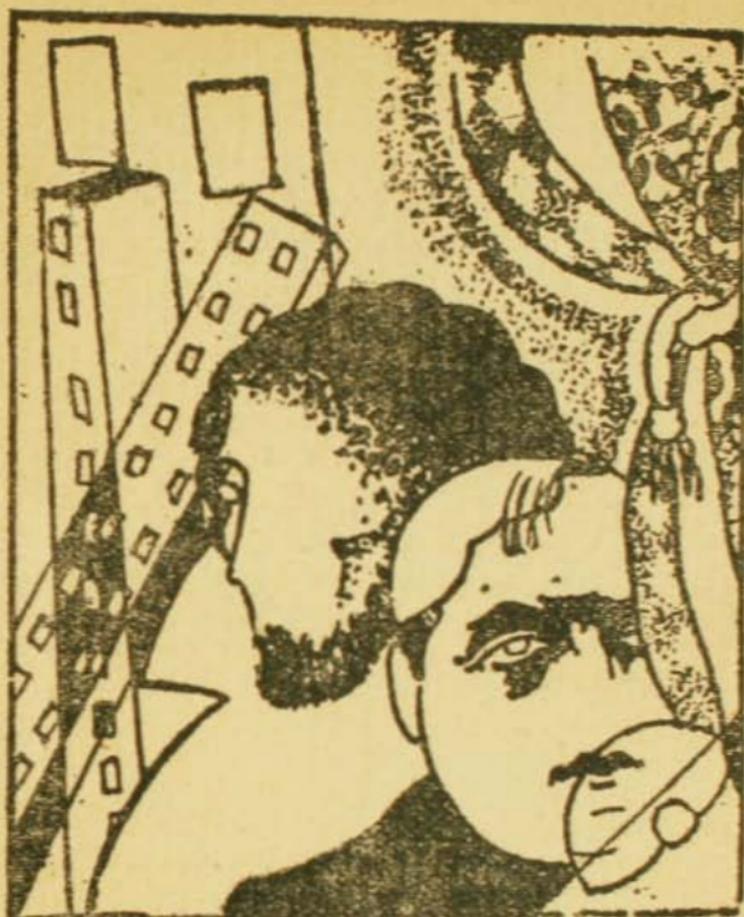
¡Pobre Edgardo!...

El soñador excelso, el arcángel caído, el poe-

ta maldito, amaneció intoxicado en mitad de la calle, un día cualquiera.

El cuervo repetía: "**Nevermore!**", pero el eco respondió: "**For ever!**" Y sus sueños de whisky, sus creaciones inmortales, dirán al hombre futuro de algún siglo remoto — cuando en las ruinas de Yanquilandia florezca el **amarillo jaramago** — cuales fueron los verdaderos rasca-cielos.

Sea como sea, Bührlé escribió sobre el telón de boca de la escena patria, la cifra más eminente, y, al correr de los años, podrá decirse del actor lo mismo que se ha dicho de Poe: que fué genial por el alcohol... o a pesar del alcohol.



podrá decirse del actor lo mismo que se ha dicho
de Föe...

V

Infancia y Juventud

Infancia y Juventud

Como la mayoría de los chilenos que llevan nombre extranjero, Bührlé tenía a gala ser conterráneo del copihüe y del cuasi mitológico huemul. Pero en exceso. A cada instante andaba enarbolando su criollismo como una maza indígena.

Si algún admirador, desorientado por su apellido, dudaba de su nacionalidad, se ponía furioso.

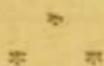
—¡Soy más chileno que el **motemey**—vociferaba. — Nací en la calle de la Maestranza, frente al despacho de “El Bien Avenido”, y soy Cerda por la madre, ¿oyó?...

En efecto, el 14 de diciembre de 1886, en aquel sitio exacto, debutaba en el mundo, nuestro futuro gran actor, hijo de don Arturo Bührlé Ríos, músico eximio, director de orquesta en los teatros de la capital, y de doña Mercedes Ignacia Cerda, dama notable por su gran belleza. Fué el mayor de tres hermanos: Rebeca, Luisa y Carlos.

El hada de las aventuras grotescas, lo signó desde la cuna:

Cuando contaba apenas año y medio, una criada mulata que lo cuidaba, se fué un día de juerga con su amante, el verdulero, llevándose la guagua.

Como a los cuatro días, merced a las desesperadas averiguaciones de la familia, dieron con la mulata. La encontraron, borracha perdida, en compañía de su amor, en una idílica chacra del camino a Renca. Arturito estaba sentado en el suelo, inconocible de mugre, feliz, comiéndose un pedazo de zapallo asado. Trabajo costó sacarlo de la chacra. Ya le decía **tata** al verdulero.



Era una pierna de Judás, Arturo niño. Lo que se llama un barrabás. El terror de la casa y del barrio. Pero ya entonces — me cuentan sus hermanas — su innata simpatía lo escudaba de los castigos paternos.

Tenía ocurrencias diabólicas. Su juego predilecto era meterse en un gran canasto con el perro, el gato, gallinas y conejos, taparse con una frazada y hacerlos pelear debajo. Salía lleno de rasguños, envuelto en una nube de pelos y de plumas.

Con frecuencia juntaba a sus hermanos y a los chicos del barrio, en el huerto de su casa y **les hacía circo**, con un variado programa, uno de cuyos números — **los animales equilibristas** — tenía mucho éxito.

Procedimiento simple. Bastaba con amarrar por el cogote a cuanto bicho había en casa, a una cuerda tirante entre dos árboles. Los pobres pataleaban como energúmenos en medio de los aplausos de la palomilla concurrente.

Al final, la gran atracción: **concurso de tomadores**. Arturo presentaba unas grandes vasijas llenas de agua. El que bebía más ganaba el pre-

mio. Casi siempre triunfaba Rebeca. — “Yo me tomaba un balde” — me dice.

El premio consistía en un vaso de agua.

*
* * *

Fué alumno interno en el Colegio de San Pedro Nolasco, y cuando se acercaban los exámenes, tuvieron que sacarlo, porque, según él, a la comida le ponían mucha pimienta y eso lo tenía enfermo del estómago.

Después estuvo en el Liceo de Aplicación y también **salió**. Ya no era culpa de la pimienta. De ahí lo echaron por inaguantable. Una de sus tretas consistía en hacerse el tartamudo cuando no sabía la lección.

El buen papá, convencido de que los teoremas algebraicos no estaban hechos para su hijo, lo ocupó en el Almacén de Música de Kirsinger. Y aquí fué el disloque.

Organizaba murgas con los demás empleados; aconsejaba a los clientes que debían llevar otra pieza que la que pedían, para lo cual les cantaba a toda voz la canción de moda; y cada vez que atravesaba el almacén, tocaba una nota en todos los pianos que hallaba en el camino. Hasta que el gerente lo despidió a paso de polka.

Confiado en que la disciplina militar podría morigerarlo, su padre le buscó un empleo de furriel en el Estado Mayor.

Pasó un mes. Ya parecía un hecho su regeneración. Recibió su sueldo: se compró ropa, cosas útiles... Realmente daba gusto. Tomaba su desayuno y se iba cantando a su trabajo.

Pero una tarde, llegó un ordenanza a preguntar por la salud del furriel Arturo Bührlé. Hacía como diez días que no aparecía por la oficina. Es que el joven furriel estaba de novio. Muy comprometido con una muchacha española de ojos aterciopelados que le tenía sorbido el seso. Y él abandonaba su ocupación para dedicarle la jornada completa.

(La mañana del 5 de abril de 1927, cuando llegaron a la Estación Central, los restos del malogrado actor, "Ella", la primera novia, su primer amor, estaba en el andén vestida de negro y llorando. Traía un ramo de crisantemos blancos, y, al pasar nosotros con el ataúd, los esparció sobre la tapa).

También lo echaron del Estado Mayor.

En esa época empezó a manifestarse su vocación. Los síntomas eran fatales. Iba todas las noches al teatro acompañando a su padre, con el pretexto de llevarle el violín, y se aprendía de memoria números completos que representaba después en la casa. Hacía títeres con muñecos de trapo y una sábana.

—Yo quiero ser artista — suplicaba — es lo único que me gusta.

Pero el papá se oponía rotundamente: Mientras yo viva — le decía — no pisarás las tablas.

Y se cumplió el destino. Al poco tiempo Arturo quedó huérfano, e inmediatamente realizó la ambición de su vida. Se incorporó a la "Compañía Infantil" de inolvidable memoria, donde se formaron también: Enrique Báguena, Evaristo Lillo, Manolo, del Villar, Italo Martínez y otros. Tenía quince años. Ahí conoció a Elena Puelma y se casó.

*

* *

Un dato curioso. Por esa fecha Bührle se había hecho bombero. De la 12.^a Compañía. Su hoja de servicios es corta y original. En el único incendio a que asistió, salvó una damajuana de vino y se la tomó en un tejado, juntamente con otros voluntarios.

VI

Campañás Juveniles

Campanas Juveniles

Duros son los comienzos ¡a fe mía! Y más que en ninguna otra carrera en la teatral. Aquí no caben recomendaciones. El terreno se conquista palmo a palmo. En los peldaños que se ganan hay que aguantarse a pulso. ¡Y a patadas con los perros que muerden los talones!

La página del libro o del periódico, la engendra el escritor en el recogimiento; los cuadros y esculturas de un **Salón** fueron creados en el silencio del taller; la "Sonata" del músico, se moduló tal vez bajo un claro de luna.

¡Obras de arte, serenas!

Aunque nacidas para la multitud, se laboraron en la intimidad, con amor, con pudor de padre que fecunda sus hijos en la sombra.

Se corrigieron, se pulieron, y sólo cuando se creyeron perfectas, afrontaron el juicio público.

Si el fallo es desfavorable, no hiere, no ofende directamente. — ¡Oh, divina lejanía de la multitud! — Y en medio del fracaso puede el artista conservar su dignidad. En cambio, ¡triste suerte la del actor, que tiene siempre que dar la cara!

Y en el teatro no se hacen borradores. La escena es el palenque donde cada noche se da la

batalla; y el que se rinde no tiene más consuelo que la silbatina.

En el teatro, como en el *baccarat*, se gana o se pierde rápido. El ídolo de hoy puede caer mañana. Según el juego que se dé.

Por fortuna, la gente acostumbra golpear las manos muy fuertemente cuando gusta una cosa...

Por fortuna también, suele crecer en la farándula una planta muy rara; pero que cuando se dá, y se dá robusta, sus flores no tienen precio. Se llama compañerismo.

*

* *

En el comienzo de sus campañas juveniles, Arturo Bührlé salía a dar funciones por los pueblos con un elenco escaso y pobre.

Vivía la bohemia pintoresca del saltimbanqui. Tal como los toreros célebres, cuando lidiaban en sus años mozos en las capeas aldeanas.

Pueblos había donde celebrábase el espectáculo en una bodega desmantelada. El público — advertido de antemano — llegaba al teatro con las sillas a cuestas.

Se montaba el escenario con tablones sobre farrias de cemento o toneles de vino. Lo que tenía sus inconvenientes: ya porque los artistas sacaban vino con un canuto y a mitad de función andaban todos *encurdelados*, ya porque — como ocurrió con la Puente — por ser la dama demasiado gorda y con más kilos en el contrapeso, hizo elevarse al galán apasionado en el extremo de un tablón.

En ciertos lugarejos patriarcales, familias

pobres, pero de buena voluntad, canjeaban sus entradas en la misma puerta por una gallina o dos conejos.

Los de galería podían pasar hasta por un par de huevos. También, es cierto que ellos tenían que encaramarse arriba de un montón de fardos de pasto.

El público siempre salía contento. Se daban hasta operetas con acompañamientos de guitarra.

Però no hay que fiar mucho en el villorrio. Es traicionero. En medio de esa tranquilidad de égloga, con crepusculitos a lo Millet, dormitan los gérmenes de los percances más serios, de las más inauditas aventuras, según se verá.

¡Aventuras del ardiente mocerío! Risueñas o dramáticas, ridículas o tristes, surgen del fondo del pasado, envueltas en una misma nube, fragante de saudade y con el nimbo de oro de un sol lejano!...

¡Cómo le gustaba a Bührlé recordarlas!

Hay algunas de antología.

Llegaron el actor y su pequeña troupe a un pueblecito.

—Aquí — les informó el patrón del hotelucho — la gente es muy quedada. Es preciso meter bulla para animarla. Si tuvieran ustedes una banda para hacer el convite, como los payasos, sería otra cosa.

—Si es por eso — dijo Bührlé — salimos a convidar... Pero lo frito es que no hay banda.

¿Sabe usted si se podría conseguir algo por aquí?

—Aguárdese... Me parece que el Comandante de Policía tiene unos instrumentos en el

cuartel. Si usted quiere ir, vaya... A ver si quiere prestárselos.

¡A ningún sordo se lo dijeron! Inmediatamente se encaminaron al cuartel Bührle, Arturo Silva, Manolo del Villar (*), Enrique Báguena y algún otro más.

Los recibió un entrecejo muy poblado detrás de un escritorio. El comandante hacía que firmaba el despacho.

Después de algunos preliminares de protocolo, Arturo desarrugó al entrecejo y consiguió descolgar de la pieza vecina un viejo instrumental abollado, cubierto de telarañas, que estaba no se sabía por que causas en poder de la autoridad desde tiempos inmemoriales. Un pistón, un trombón, un clarinete, bombo y platillos. Fueron facilitados bajo recibo y con muchas recomendaciones.

Se armó la banda, y arriba de una infame carretela que ostentaba los carteles anunciadores de la función, ¡a meter ruido por esas calles!

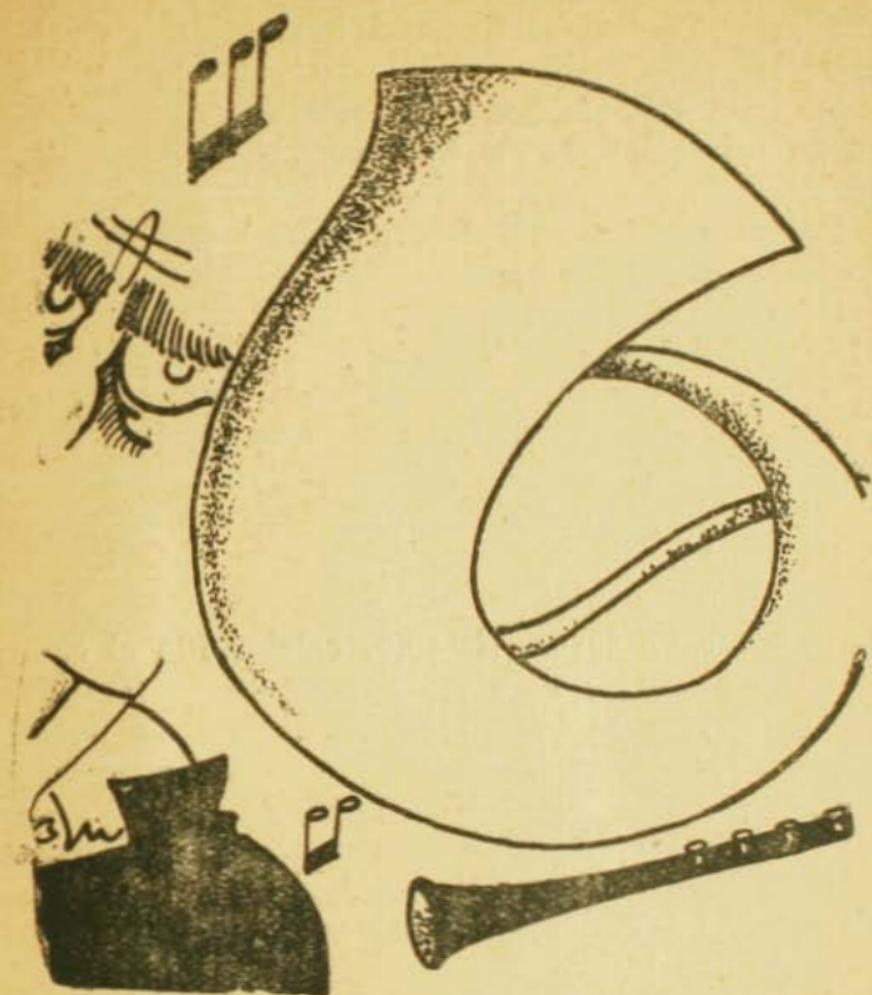
A meter ruido he dicho, en la estricta acepción de la palabra. Prácticamente, era lo único que podían meter. Ninguno de ellos sabía manejar esos chismes, con excepción de Báguena, que, en los golpes de bombo, estaba eminente.

Sopla que te sopla, dieron varias vueltas a la población. Después salieron hasta las afueras.

Allá, detrás de un caminito bordeado de álamos, se divisaba un rancho. La vara de topear al frente, con uans bestias amarradas, delataba al boliche campesino.

Era una calurosa tarde en pleno estío.

(*) Los tres han muerto.



un viejo instrumental que estaba en poder de la
autoridad desde tiempos inmemoriales

El caballejo cansado, un sol de fuego, el polvo de la carretera, tanto soplar, sed que tenían... ¡qué diablo! hicieron alto a fin de remojar el guari.

Dejaron a la sombra la carretela y, cada cual con su instrumento al hombro, penetraron al rancho.

Previa rebusca en los escuálidos bolsillos, pidieron un doble de cerveza.

Pero andaban con suerte.

Unos huasos que estaban bajo la ramada, celebrando un casorio, los convidaron con chicha cruda en el potrillo común. Los convidaron una y otra vez.

Apagada la sed, los cómicos quisieron retirarse. ¡Cómo no!

—Tomen no más — vociferaba un huaso fuerte como un toro.—Estamos celebrando el casamiento de la Charito y de aquí no se mueve ninguno. Todos somos amigos. A mí no me despreceza naiden.

Y tenían que tomar a la fuerza.

Confusos ya de tantas atenciones que no podían retribuir por falta de fondos, y viendo que se les hacía tarde, manifestaron seriamente que se tenían que ir.

El huaso toruno guiñó el ojo a sus compinches y se dirigió a los músicos:

—Antes de que se vayan, toquen alguna cosita pa bailar una cueca...

—Con muchísimo gusto lo haríamos — respondió Arturo sobando el clarinete; — pero ya es tan tarde que...

—Echele no más, maestro, no se haga del rogar. No es por el trago ¡claro! pero favor con favor se paga...

—Sí, naturalmente,... es cierto... Es que... mire... no sabemos tocar...

—¡**Me**, que no van a saber los gallos!... Hasta cuando se echa p'atrás! Si es pa bailar una cuequita con la Charito no má.

—Es que... ¿cómo le diré?... Nosotros no somos músicos...

—¡**Gueno** con el maestro bien rediablo, con la que sale agora!... No me haga reir, iñor, por la **maire**! Póngale otro trago y abrir cancha, niños, que va a ser de **pata en quincha**!

Y resultó de **patá y combo**.

Los huasos creyeron que les estaban tomando el pelo; se les subió la mostaza y, sin mayores cumplimientos, sacaron a los músicos de la rama a punta de rebencazos.

Abolladura más o menos, no se echaba de ver en las cornetas. Pero Bágüena tuvo que pagar el bombo.

VII

La Primera Compañía Nacional

La Primera Compañía Nacional

COMO CONOCI A BÜHRLE

Antes que nada conviene aclarar un punto. Son muchos los autores y actores chilenos que reclaman para sí el título de **precursores** y hablan de su **primera compañía nacional**.

En primer lugar, eso de precursores es demasiado vago. Precursor, pudo haber sido el primer aficionado que recitó un monólogo original en un estrado, en tiempos de la colonia, puesto que en esa época ya revolvían el asunto.

Pruebas al canto.

Las primeras representaciones dramáticas profanas efectuadas en este país, cuyo recuerdo haya conservado la historia, tuvieron lugar en la ciudad de Concepción a principios de 1693, con objeto de celebrar la llegada del nuevo presidente, don Tomás Marín de Poveda y su casamiento con la señorita doña Juana Urdánegui, (hija del Marqués de Villa Fuerte, uno de los personajes más encumbrados de Lima), la que vino a buscar a su novio a Concepción.

El cronista Córdova y Figueroa menciona en aquellas fiestas el "**Hércules Chileno**", obra de dos regnicolas. Es de lamentar que el cronista

referido, comenta don Miguel Luis Amunátegui, no haya expresado ni el argumento de la primera producción dramática nacional ni el nombre de sus autores. "Esta omisión es irreparable", dice.

Posteriormente, el 10 y el 11 de mayo de 1748, con motivo de la aclamación de Fernando VI, se representaron comedias en la ciudad de La Serena, sobresaliendo "Resucitar con el agua" o "San Pedro Masara" y "El Alcázar del Secreto". Parece que cada actor desempeñó su papel a maravilla, "en particular el que hizo de Alcina en El Alcázar del Secreto, que tenía una voz singular y gracia especial, así en la voz como en los accidentes de representar". ¿Quién sería aquel remoto precursor?

Corrieron los años. Desfilan otros precursores: don Juan Egaña, Camilo Henríquez, que escribió dos piezas "sumamente mediocres", don José Joaquín de Mora... Y después... y después... precursores fueron a su manera, Daniel Caldera, Walker Martínez, Rodríguez Velasco, Román Vial, Martínez Quevedo, el maestro Urzúa Rozas, Juan Rafael Allende y tantos más. Precursores fueron todos los artistas españoles que pusieron obras nacionales: Muñoz, Montero, Pepe Vila, Díaz de la Haza, y el recordado director argentino Arturo Mario. Precursores somos todos los que en Chile hemos hecho o escrito teatro, ya por separado, ya las dos cosas a la vez, como hay ejemplos.

Todos los que luchan, trabajan o se afanan por algo que no está formado todavía **definitivamente**, son precursores de eso. De donde se deduce que seguimos siéndolo, y así es que no hay que cacarearlo tanto.

Pero en lo que respecta a lo otro, cambia la



.. en particular el que hizo de Alcina en «El Alcázar del Secreto»...

cosa. No porque hace años, un conjunto llevara al frente un director chileno, merece denominársele compañía nacional. Un caso típico fué el del malogrado y popular artista Nicanor de la Sotta, quien, en sus principios, siendo director de compañía, trabajaba en Chile, pero no hacía más que "Tierra Baja", "El Místico", "Juan José", "Los Espectros", etc.

En igual caso están mi querido amigo Evaristo Lillo, y los mismos Báguena y Bührle en sus comienzos.

Una intención más precisa tuvieron. don Mateo Martínez Quevedo con su cuadro formado especialmente para dar "Don Lucas Gómez"; don Rafael Pellicer con su llamado a los auteres durante su temporada en el "Coliseo"; el culto y talentoso Alejandro Flores con su campaña en el "Palace Theatre" y Julio Argain Mateluna con su intontona del Norte. Pero fueron esfuerzos aislados que se perdieron, desgraciadamente, y no llegaron a encauzar el teatro por vías prósperas y duraderas.

En resúmen, la primera compañía nacional, propiamente dicha, con empresa chilena, artistas chilenos, repertorio chileno y decorado chileno, fué la que se llamó "Compañía Báguena-Bührle", que en su momento de oro llegó a contar en su elenco a la **totalidad** de la gente que, en esa época, se pintaba la cara para la escena.

Esa gran compañía fué la gallina que empolló la nidada. En pleno apogeo se desmembró. Cada uno tiró para su raya. El que más o el que menos se creía con estacas suficientes para ser cabeza de conjunto.

Lo que pasa.

*
* *

A pesar de haber andado desde que era estudiante intruseando por los escenarios, no tuve nunca la oportunidad de conocer a Bührlé personalmente; ni lo ví trabajar hasta el instante en que salimos juntos a escena, en la primera compañía nacional.

Un poquito de historia.

A principios del año 1917, me encontraba en Santiago de vuelta de una jira por la Argentina. La Compañía siguió al Perú y yo me quedé filmando "El hombre de acero" (1).

Terminada la película y antes de reunirme con los míos, inicié una temporada de género español en el Teatro San Martín, hoy desaparecido.

Una noche en que hacíamos "Los perros de presa", me llevaron un papelito firmado por Bührlé y Enrique Bágüena. "Querían hablar conmigo a la salida de algo que me podía convenir... y no entraban al escenario para que la empresa no sospechara" ¡Los eternos manejos en el teatro, cuando se conspira una nueva formación!

Efectivamente, después de la función, me reuní con ellos. Fuimos a un kiosco de la Avenida Matta, donde vendían café con leche y sopapillas y me expusieron su plan.

—Tenemos el "Teatro Palet" de Talca. Ahí pensamos debutar con la primera compañía chi-

(1) "La agonía de Arauco" y "El hombre de acero" son las primeras películas que se filmaron en Chile. Doy el dato porque ya son muchas las primeras.

lena... ¿Quiere venirse con nosotros de primer galán?

¡Mecachis! Delante de ese proyecto, acariaciado tanto en vano, mandé al diablo mis sueños de vagabundaje fuera del país y acepté al tiro.

Estreché la mano de los dos artistas y el compromiso quedó sellado con sendos tragos de aguardiente de sustancia, que en el kiosco servían de contrabando en tacitas de café.

¡Así firmábamos los contratos en 1917!

Debutamos en Talca.

La misma compañía "Báguena-Bührle" con ligeras variantes en el personal, duró cerca de tres años, estrenando todo el repertorio chileno de entonces. (2).

En el elenco primitivo iban Elena Puelma, Mariña Bührle, que tenía cinco años y cantaba tonadillas, Elsa Alarcón, Asunción Puente, Pilar Matta y La Morita, una muchacha andaluza muy alegre, que había sido bailarina y que en una noche de Mayo se envenenó con láudano.

Hombres íbamos: Arturo Bührle, Enrique Báguena, Juan Ibarra, José Domenech, Manuel Olmedo, Ernesto Rocuant, que fabricaba píldoras homeopáticas y nos tenía enfermos a todos, Juan Mirabé, expicador de toros, Juan Cabot, el apuntador Talledo y yo, que, al final de las comedias, recitaba unos versos tremendamente sentimentales.

(2) Dramas y comedias de Hugo Donoso, Juan Manuel Rodríguez, Víctor Domingo Silva, Nathanael Yáñez Silva, Armando Moock, Hurtado Borne, Videla y Raveau, Carlola y Frontaura, Guillermo Bianchi, Díaz Meza, Valenzuela Aris, Valenzuela Olivos.

Los vaivenes de fortuna, las andanzas felices, los sacrificios heroicos por los cuales pasó en sus comienzos este primer conjunto—descarrilamiento en Constitución, incendio en Victoria, etc., etc., — son infinitos y alguna vez los contaré.

Básteme ahora sólo dejar constancia de que Arturo Bührlé fué el alma de aquella compañía, que no lo acobardaron los reveses de la suerte, y que supo ganarse en buena lid el título de padre del teatro nacional.

*

* *

Después cambió la cosa. Se ganaba plata; se reformó el elenco. Entraron Isaura Gutiérrez, Andrea Ferrer, Luisa Otero, Emilia Sierra, Alejandro Flores, Evaristo Lillo, Luis Romero y Z., Italo y Nemesio Martínez, Juan Tenorio, Humberto Onetto y Enrique Sigol...

Era ya una señora compañía. Soplaban vientos de bonanza.

Y dijo Jehová: "Esto me parece demasiado bien".

Entonces se produjo el cisma.

VIII

El actor

El actor

No era Bührlé lo que se llama un actor de **talento**, ni tampoco **de estudio**. Jamás leía un papel, ni se caldeaba el cerebro para componer un tipo. Era algo más que todo eso: era un actor **genial**, sencillamente.

No entraba en su labor la psicológica inspección del sujeto, como hacen los **concienzudos**, que desmontan los factores de un carácter — como las piezas de un reloj — para adaptárselo después y echarlo a andar sobre la escena.

No se paraba nunca ante el espejo a ensayar ademanes, o calcar en su rostro esa ilusoria fisonomía que proyecta el examen de un personaje.

Procedía por inspiración. O mejor dicho, lo dejaba todo confiado a la intuición del momento y a su gracia natural, sin previo análisis, seguro de que, en el instante justo, esas dos fuerzas no le abandonaban.

Más clarito.

Existe en la fauna teatral cierta categoría de actor cómico que en el **argot** de bastidores se denomina **fúnebre**.

El **fúnebre** puede ser un buen actor, que vis-

ta correctamente, que tenga una espléndida colección de pelucas, que caracterice sus tipos a maravilla, que sepa sus papeles de memoria, que cuide los detalles y hasta haga reír a veces con las situaciones o los chistes que marca el libreto...; pero es **fúnebre**. Es decir, no tiene gracia propia, vis cómica natural.

Arturo era todo lo contrario.

Cogía su papel y se lo metía en el bolsillo, sin mirarlo. En el primer ensayo, se daba cuenta de lo **que tenía que hacer**. Y eso era todo

La noche del estreno, se ajustaba la peluca...

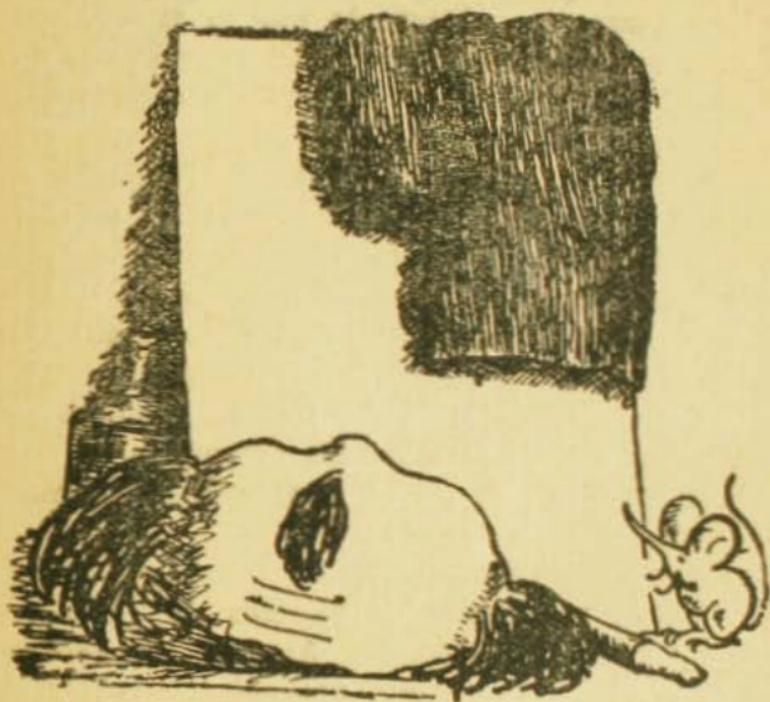
Entre paréntesis, Arturo tenía varias, pero en el fondo del baúl. Su predilecta, **su peluca**, era una calva, que recordaba la de San José, con un mechón de pelos en la frente, que él peinaba hacia atrás, adelante, a los lados, o transformaba en copete según el caso. Inolvidable peluca, que andaba tirada por los rincones del camarín, polvorienta, marchita, llena de lealtad, de **barra carne** y colorete. Tenía una personalidad conmovedora. Se sabía todo el repertorio. Era hermana de los zapatos de Chaplín. ¿Qué habrá sido de ella?...

Cierro el paréntesis. Continúo.

Se ajustaba la peluca, se pintaba de rojo la nariz y **salía**.

Sin perder el diálogo, llevado a puro apuntador para lo cual contaba con un oído excelente y una maña de primer orden, el actor iba **creando** el personaje, moviéndolo según las circunstancias y aprovechando cualquiera situación para enriquecerlo con detalles y chistes de su cosecha.

No fallaba nunca: oportuno, acertado y eficaz en todo momento, el ingenio que derrochaba



Inolvidable peluca... ¿Qué habrá sido de ella?

era proverbial. Muchos retruécanos suyos, nacidos de improviso, rebalsaban la escena y corrían después de boca en boca.

Estuvo siempre a más altura que sus roles. Jamás se la ganó un papel. Su trabajo eminente, dotaba al tipo que encarnaba con un aliento muchas veces superior al soñado por el autor.

Los autores cómicos de Chile recordarán que casi todos los chistes de éxito de sus comedias eran **morcillas** de Bührlé.

Lo mismo, en ciertas obras extranjeras de gracia muy localizada, cuyo efecto se debilita entre nosotros por la incomprensión, Bührlé le sacaba efectos personales, adaptando los chistes al ambiente. Daba el equivalente máximo, sin que nada perdieran de su intención primitiva.

Eran tales su dominio del **métier** y su potencia artística, que el más ínfimo personaje se convertía en sus manos en el protagonista cómico de la obra.

Recuerdo un caso.

Se habían repartido los papeles de "Los copihües" de Rogel Retes, y a uno de los actores se le encomendó el último rol: el "Goyo", un muchacho huaso, medio tonto, que en determinadas ocasiones tiene que decir: "**Ña Mariquita, se soltó el chancho**". ¿Qué chancho? — le replican — y él responde: "**Era para disimular**". Ese es todo el papel.

El actor que debía interpretarlo andaba con el **charqui largo**, a la siga de Bührlé.

—Mi categoría de artista — decía — no me permite aceptar un papel de dos palabras. Usted, comprenderá que...

—Es que no hay otro quien lo haga.

—Sí; pero usted comprenderá, mi categoría...

—Oiga — le interrumpió Bührlé — ya me tiene guatón con su categoría. Yo le voy a demostrar que no son los papeles los que hacen al artista, sino el artista el que hace a los papeles. Haga usted el mío, yo me quedo con el suyo.

Así se hizo.

En la función, cada vez que decía aquello de “**Na Mariquita, se soltó el chancho**” el Goyo se ganaba una ovación.

El otro papel desapareció.

Bührlé se quedó para siempre con el **Goyo** y el chancho se hizo popular.

*
* *

Las creaciones de Bührlé fueron innumerables. Y aunque en el ánimo de todos está reciente su labor, voy a dejar un apunte rápido de sus tipos favoritos.

El ex-maestro de banda, tímido y atontado de “El Retiro”. El solterón borracho y botarate de “Doña Clarines”. El viejo verde de “Eclipse de sol”. El alcalde mandón de “Pueblecito”. El cesante famélico de “El padrón municipal”. El huasito diablo y enamorado de “La silla vacía. El tartamudo de “La tía audaz”. El italiano de “Mustafá”. El Goyo de “Los Copihües”. Y cien más. La lista completa es demasiado larga.

*
* *

Un crítico español del siglo XIX, haciendo el panegírico de una celebridad teatral, escribe:

“Puede decirse, sin pecar de exageración, que fué el rey de los actores de su tiempo, y más aún: que pudo hombrearse, con los más notables, y eso que los había de gran mérito, pero resistió ventajosamente todas las comparaciones, venció en todas las competencias, y por sufragio universal, ocupaba el lugar primero.

Su talento asombroso avaloraba el más ingrato e insignificante papel y dió vida próspera y lozana a obras medianas y hasta malas, que murieron con él y de las cuales no queda otro recuerdo que el trabajo primoroso y excepcional del artista”.

Yo hago mías estas palabras, sin temor de que el actor chileno. puedan quedarle grandes.

IX

El artista criollo

El artista criollo

Sin caer en la petulancia, pero con una clara conciencia de su valor artístico, Bührle se mostraba a veces orgulloso. Con ese orgullo de una sola pieza, muy varonil y un poco basto, que da la propia estimación a ciertos temperamentos.

Siempre que le aconsejaron salir del país, o le propuso un empresario llevarlo al extranjero, respondió invariablemente: "Yo no me muevo de aquí; que vengan a Chile si tienen ganas de verme".

Esta recia actitud de confianza en sí mismo, me recuerda una frase del gran pintor Benito Rebolledo, en una ocasión en que hablábamos de los maestros europeos: "Qué adelanto con ir por allá, no te parece, pues? Cuando aquí hay hartos paisajes y ayer no más compré pinturas"...

Bendito orgullo. Será todo lo discutible que se quiera, pero es un distintivo de calidad: como el estandarte de los regimientos, sólo pueden lucirlo los abanderados.

El cómico chileno, artista criollo hasta los tuétanos, igual que Rebolledo, despreciaba también con olímpico gesto la influencia de otros ambientes, y acentuaba el desprecio si alguno, fuera el que fuera, menoscababa la importancia del tinglado patrio.

Cuando el nunca bien ponderado Simó Raso estuvo en Chile, vió trabajar a Bührle en Talca.

Entusiasmado, entró al camarín a felicitarlo.

—Véngase usted conmigo a España — le dijo. — **Aquí está perdiendo su tiempo.**

Arturo le dió las gracias y agregó:

—¿Qué voy a hacer en España? Si es por ver eminencias, me basta con haberlo visto a usted. Además, cómo quiere que abandone un público que se priva de usted para venir a llenarme el teatro?

Esa noche Simó Raso había suspendido la función por falta de asistencia.

Como se vé, la respuesta fué un tanto cruel. “Pero merecida — decía Arturo.—¿Con qué derecho me dice que aquí estoy perdiendo el tiempo?”

Caso sin precedentes en los anales de nuestros espectáculos, el ocurrido al ilustre Simó.

Una gira desastrosa. En el mismo Santiago no iba nadie a verlo. Tuvo que disolver la compañía y regresar solo a su patria, con el fracaso en **el último rincón del mundo**, enredado como un guiñapo a su corona de triunfos continentales.

Lo más inaudito es que sus huestes se rehicieron, formaron una nueva compañía y, sin Simó, en el mismo teatro y con el mismo repertorio, hicieron una temporada espléndida.

¿Cómo explicarse tal absurdo? Incomprensión? Desconocimiento? ¿Apatía? **El teatro es loco** — dicen los cómicos. — Algo de todo, o talvez nada de eso. Es que el público — salvo cuando distingue a un favorito — pone de moda un espectáculo como un paseo: hoy van al Parque, mañana a la Alameda... por costumbre, porque sí...



Con una ambición más práctica, más disciplinada. — ¡horror! — Bührle pudo haber sido millonario y disfrutado de una fama mundial; pero su vida fuera de las tablas lo apegaba al terruño. Y además, como buen fruto del país, árbol nutrido con el jugo vernáculo, creía que el sabor de su arte sólo era bien gustado por los de aquí.

Prejuicio vegetal, no siempre exacto; lo mismo oiríamos al piñón, al avellano y al maqui, si comprendiéramos el lenguaje de las árboles.

Sentía el amor de la larga y angosta faja entre la cordillera y el mar. Se derramaba por las provincias y no hubiera cambiado todas las glorias del mundo, por la gloria de sus canchas, por el retorno bullicioso a los puertos jaraneros del norte y a los pueblos humildes del sur. Allá tenía sus compadres, sus amigos del alma, sus caserías.

Era allá, debajo de los parrones polvorientos, traspasados de sol, o bajo el aromático naranjo, en el patio empedrado, cuando al medio día — en mangas de camisa — saboreaba las empanadas de horno, la cazuela de ave, o el costillar asado al palo. Todo rociado con buen tinto — de ese de la pipa del rincón.

Y las guitarras de la tarde. Y aquel ¡salud, guatón, hasta los alamitos!, y el cogollo encendido, silvestre y nacional como un copihüe!

Los boticarios de pueblo, los subdelegados, los antiguos Comandantes de Policía rural, deben haber sentido muy adentro la partida del

compadre Arturo con quien pasaron tan buenos ratos. La deben haber sentido hasta los Jefes de Estación, esos hombres de alma dura, encallecida en el andén, a quienes no conmueven ni los adioses de los trenes que llegan y se van.

X

El Bufo Bührle = Dada

El Bufo Bührlé - Dada

El arte en manos del neófito es como el traje recién salido de la tienda. No tiene el sello personal que se le imprime a fuerza de uso. No se ha entregado aún; está virgen y rígido. Está aplanchado, con los dobleces intactos. Hay que meterse dentro y echar a andar sin miedo. No hay que guardarlo para los domingos, ni tenerle respeto; al contrario: perderselo cuanto antes y dominarlo.

Sólo cuando el contorno dice nuestra línea, y las arrugas en reposo ponen de manifiesto los movimientos habituales, el arte y la ropa son nuestros. Antes no éramos más que maniquíes.

Un hombre puede hablar de su arte, cuando ha logrado violar sus ritos y ha impreso en él su credo, su carácter, sus vacilaciones y hasta sus manías.

“Todo gran artista amolda el arte a su imagen y semejanza” ha dicho Víctor Hugo.

No hay ningún arte ideal. El ideal está en nosotros, como un espíritu sin cuerpo que sólo cobra vida metido en las entrañas de la obra.

A lo largo de su actuación escénica, Bührlé desarrolló una trayectoria que, si era cómica en un principio, fué coloreándose con el tiempo — a medida que cristalizaba su personalidad — con

un matiz particular de bufonada, de humorismo tal vez, cuya intención se encaminaba a identificar el papel consigo mismo y a actuar como si fuera Arturo Bührle, no el personaje, quien hablaba.

Desvirtuaba la escena de esa liturgia tradicional que han consagrado siglos de rutina; trataba de llevarla a otro plano y familiarizarla, comunicándole un calor de humanidad absolutamente suyo. Se desdoblaba, **considerándose él, en cuanto hombre, sobre las tablas.**

Eran dos seres en uno. A veces se criticaba por boca del **otro yo.**

Parece que me estoy haciendo un lío. Vamos a ver.

Acabó por llevar al teatro el reflejo de sus minucias cotidianas. Si tenía un disgusto doméstico, que se había prolongado hasta el camarín, salía al escenario peleándose con su mujer, y aprovechaba maravillosamente el pro o el contra de su tipo para efectuar este difícil doble juego.

Llegó al colmo una noche en que dijo ante el público: "Hoy no tengo ganas de trabajar".

Parecía un personaje en busca de un autor, escapado de alguna obra inédita de Pirandello.

Había llegado, por el declive de la farsa, a identificarse con sus creaciones y a vivir sus comedias en un terreno al margen de lo existente.

En los últimos tiempos, era ya su trabajo un arte propio, original, inconfundible, eminentemente burlesco. Por algo el nombre y apellido de Arturo Bührle, llevaban en sus sílabas primeras las raíces del Arte y de la Burla. **Y si alambico más: Arte Burlesco.**

Más que de divertir al público, parece que Bührle se había propuesto divertirse a sí mismo.

Ante tamaño desacato, la gente grave hacía comentarios poco favorables.

—¿Y qué?—decía Arturo — acaso no se ríe el público? Yo estoy en el teatro para eso. Y porque me gusta.

También podía haberse defendido por boca de los dadaístas: en el arte “hay que rehuir su manifestación solemne y considerarlo como un ejercicio personal, un entretenimiento”.

De aquí a clasificar a Bührle no hay más que un paso y no resisto a la tentación.

¿Por qué no va a ser, a su manera, dentro de sus derivaciones originales, un precursor del Dadaísmo en el teatro?

Yo creo que los dadaístas, en París, lo habrían proclamado presidente *ad-honorem*.

Todo él era un “Manifiesto Dadá”.

Veán si no lo que afirmaban los principales corifeos de esa renovadora sacudida — que tuvo mucho de juglaresca y de efecto teatral en su propaganda y en su acción directa.

Tristán Tzara: “*L'art n'est pas serieux, je vous assure*”. Max Jacob: “*L'art c'est un distraction*”. Picabia: “El arte no es un dogma ni una religión. El arte es un placer, una alegría. Nosotros estamos muy satisfechos de hacer reír porque la risa es una liberación”.

Yo pondría la firma de Bührle a cualquiera de esas afirmaciones, seguro de que interpretaba fielmente el concepto que mi buen camarada tuvo siempre del arte, del arte suyo, el único que, por otra parte, le importó.

En lo cual hizo bien. No hay cosa peor que picotear en todo.

Al cabo de los años el galardón es del especialista. Y los otros se quedan picoteando.



Todo él era un «Manifiesto Dada»

XI

¿Por qué Bührle
hacia reír?

¿Por qué Bührle hacía reír?

¿Qué es la risa? ¿Por qué se ríe?

En una época triste de mi vida, me dió esto mucho que pensar. Tanto picóme la curiosidad, que empecé a documentarme.

Compré unos tomos grandes, con láminas. Compré un atril.

En la risa, explicaba uno, "las comisuras labiales están llevadas hacia arriba y hacia fuera. El surco naso-labial encorvado, con la convexidad interna en..."

Nó, no era eso lo que yo quería saber.

Abrí otro tomo. Leí: "La risa tiene caracteres particulares. A la contracción del cigomático mayor se asocia la de un músculo que"...

Tampoco era eso lo que yo buscaba.

Vendí el atril y me compré unos libros más chicos.

¡Al fin!

Uno me informó de que "para los antiguos la risa era un fenómeno **absolutamente material**".

Otro de que "para Schopenhauer la risa era un coeficiente de **función intelectual**".

Y otro de que "para Hobbes la risa era un **sentimiento**."

Menos mal. Ya tenía siquiera un punto de partida.

Lo cual sumado a que Mouton me convenció de que la risa es en el fondo un verdadero **ataque de nervios**, y Pascal de que procede de una **desproporción sorprendente** — no recuerdo en qué parte — quedé perfectamente enterado.

A pesar de todo, seguí cavilando.

—¿Quién hace reír? — pregunté.

—¡Chaplín! — respondió todo el mundo.

Bueno; algunos afirman que decir todo el mundo es nombrar a nadie, pero yo no lo creo.

Y me puse a observar a Chaplín. De ninguna manera el argumento de sus films. A él solo.

Lo primero que me sorprendió fué que él no trataba de hacer reír, que no reía nunca.

Chaplín no ríe. Cuando parece que se va a reír, ¡bah! ¡yo lo sé! es una contracción del cigomático, nada más.

Luego, observé que estaba como avergonzado, como dolido de tener que hacer reír.

Se veía muy claramente, a la luz — de la leche condensada de setenta lunas llenas — de la pantalla, que el hombre andaba triste, de mal humor, derrotado, fracasado en alguna ambición más alta. Con un dolor de huesos como de pájaro que se cayó del nido.

Yendo y viniendo con su bastoncillo, haciéndose el desentendido, como si todo le importara un bledo, yo le notaba un aire de suicida que no se mata porque le da lo mismo.

Parecía decir: ¿Qué me miran? Por qué se ríen? Es que me encuentran divertido? No ven que estoy desesperado, que me aburro?

A mí me daba esto mucha pena, y no podía reirme.

Pero después... ¡Ah!, después descubrí toda la verdad, que nadie más que yo conoce. ¡Cuánto trabajo me costó!

¿No adivinan? Es Chaplín, es él quien se ríe de nosotros. Con una risa para adentro, de conmiseración: como se reiría Cervantes de la portera que lee riéndose el Quijote. Una risa burlesca, profundamente despreciativa.

Yo me sentí ofendido y no fui más a verlo.

Convencido, pues, de que no sirvo para explicar el origen de la risa, pido disculpas si, en el caso de Bührlé, declaro lisa y llanamente: hizo reír porque tenía gracia.

Y nada más. No sea cosa que por insistir, me digan que soy yo quien no la tiene.

XII

El compañero de escena

El compañero de escena

Ya dije antes que Arturo dominaba las tablas absolutamente.

Veamos ahora las consecuencias de ese dominio con relación a sus compañeros.

Eran buenas y malas. Según.

Nadie como él para salir avante con la escena, si se atrancaba el diálogo en un bache: una réplica a tiempo y ¡aquí no ha pasado nada!

Si alguno se metía en un jardín, le echaba un capote rápido y ¡a otra cosa!

Un aplomo sin igual. Listo siempre para salvar cualquiera situación.

Pero. ¡Dios nos libre que estuviera con ganas de payasear! porque entonces con el mismo aplomo le tomaba el pelo a medio mundo.

En cuanto sospechaba que un actor salía luciendo una cadena, sin tener reloj, le preguntaba la hora.

Ahí van algunos casos bien ilustrativos al respecto.

LAS PATILLAS DE PEREZ.

Una noche el actor Juan Pérez Berrocal, debía salir en una comedia caracterizando a un cochero viejo, de peluca y patillas grises. Se acercaba la hora, y Pérez andaba de aquí para

allá, desesperado porque se le había perdido las patillas.

Según los cánones de la rutina teatral, un cochero viejo sin chuletas grises, es algo inadmisibile.

Juan Pérez Berrocal, artista concienzudo, temblaba ante la idea de ir en contra del rito secular.

Como último recurso, en vista de que ya se iba a levantar el telón, cortó el actor rápidamente, dos trozos de paño de color plomo, se los pegó en ambas mejillas y salió a escena.

Nadie se fijó en el detalle. Pero Bührlé, interrumpiendo el diálogo, empezó a dar vueltas y vueltas alrededor de Pérez, examinándolo minuciosamente sin decir palabra.

Y al final cuando la espectación, era ya grande le preguntó:

—Quiere decirme, cochero, con que fin se ha pegado esos pantaloncitos en la cara?

EL "CIROLILLO" DE FERRER.

Representábamos "La silla vacía" de Juan Manuel Rodríguez. Aquí hay un personaje venerable, **Don Pancho**, que en un momento dramático, dice antes de abandonar la escena: "Yo los dejo. Me voy a fumar un cigarrillo al jardín".

El veterano actor catalán don Francisco Ferrer, que tenía a su cargo dicho personaje, se equivocó, sin notarlo, y dijo muy serio y muy convencido: "Yo los dejo. Me voy a fumar un **cirolillo** al jardín". Se puso de pie e inició el mutis en medio del silencio requerido.

Pero antes de que saliera, Bührlé le dijo en

alta voz: "Vaya no más, don Pancho, vaya a fumarse su cirolillo".

Y cuando al poco rato entró de nuevo, Bührlé volvió a la carga: "Que tal, don Pancho, ya se fumó su cirolillo?"

Y toda la noche lo tuvo loco preguntándole por el cirolillo.

LA MOSCA.

A Raúl Seckel, traspunte de la Compañía en 1920, se le encomendaban de vez en cuando, como a todos los traspuntes, roles de poca importancia.

El muchacho, cumplidor pero de escasos recursos, trataba de caracterizar sus tipos lo mejor que podía.

En "La dame de chez Maxim's" salió una vez haciendo un señor que acompaña a otro.

Seckel, muy chiquito, con sus cabellos crespos, sus ojos redondos y saltones, apareció embutido en un enorme chaqué con las colas muy largas. Encima del labio se había pegado una mata de pelos que quería ser bigote, y que le prolongaba la boca como una trompa.

Parecía una pájaro, un insecto, un bicho raro: algo que no se acertaba a definir.

Bührlé lo clasificó inmediatamente. Acercándose al otro que lo acompañaba, le preguntó:

—Dígame, aquí en confianza, su compañero se ha disfrazado de mosca, ¿verdad?

Todo el mundo se echó a reír. Era eso sin lugar a duda. Una mosca.

Y, cuando pasado el chubasco, Seckel empezó a hablar, Bührlé le oía imitando un run-run y fingía cazar en el aire una mosca imaginaria y tenaz.



Parecía un pájaro, un insecto, un bicho raro...

LA PERILLA.

En otra obra, el mismo Seckel tenía que hacer el padre de un pretendiente que va a casa de la novia a tratar los asuntos del matrimonio.

Se presentó muy digno, de levita y sombrero de copa. Con bigotes y una larga pera.

En cuanto Seckel entró, Arturo, padre de la novia, muy ceremonioso también, lo saludó con esta frase:

—Me alegro de su visita, señor. Ha llegado usted de perilla... aunque bastante mal pegada, por cierto.

Seckel se llevó instintivamente la mano a la barba.

—Permítame — le dijo Arturo acercándosele — yo se la arreglaré.

Pero el otro, que sabía como se las gastaba el cómico, trató de escabullir el bulto. Inútil. Arturo se le fué encima y en un momento rodaban los dos suegros por el suelo, hechos un pelotón, hasta que al fin se levantaron: Seckel por un lado, apretándose los bigotes y Arturo por el otro, triunfal, con la pera en la mano. (*).

LANGOSTA DE JUAN FERNANDEZ.

En "La Praviana", Enrique Báguena tenía que decirle a Bührlé en una escena:

(*) Probablemente no faltará quien diga que estas son chacotas indignas de un actor que se respeta; que estas cosas eran las que daban que hablar. Justamente. Si Arturo no hubiera sido como era, yo no tendría ahora nada que hablar de él.

—Soy el peón caminero, señor. Me llamo Juan Fernández.

—Se lo creo — le respondió Bührle — usted tiene cara de langosta.

LA CHICHA BAYA.

A mí me divertían extraordinariamente las payasadas de Arturo; y él, que lo sabía me convidaba: "Andate a la primera caja; te voy a dedicar esta escena". O bien, al salir juntos, me prevenía: "Afírmate en los estribos, porque te voy a hacer reir".

Pero su gusto era pillarme de improviso.

En "El Retiro" — su obra favorita — me reservaba siempre una sorpresa.

Yo encarnaba aquel celoso Capitán que cree ver en el actor cómico un rival formidable. Pues bien: una vez, en esa parte en que lo retaba a duelo, cuando le dije aquello de: "Yo necesito beber su sangre!", él me repuso muy humildemente, con ese tono quejumbroso, tan cómicamente suyo: "Qué ideas tiene, mi Capitán; beber mi sangre, habiendo tan buena chicha baya en los alrededores"...

El Capitán salió disparado enredándose en el sable.

"VOX POPULI VOX DEI"

Una noche le aposté — que no me hacía reir.

Estábamos representando "Doña Clarines" de los Quintero.

Arturo hacía aquel solterón borracho y haragán que protege los amores de su sobrina, con-

trariando el sentir de **Doña Clarines**, la terrible hermana a quien el solterón le tiembla.

Yo era el novio que entra a la casa a entrevistarse con la sobrina, citado por el protector.

Al aparecer, después de darle las gracias por su tercería, Bührle tenía que decirme más o menos:

—Yo protejo estos amores contra la oposición de Clarines, porque ella está loca, ¿comprende? Todo el pueblo lo dice. Y ya se sabe: "**vox populi vox dei**"...

Después de esta frase había una pausa que yo llenaba con un gesto de aquiescencia y de duda.

Mientras lo hacía, vi brillar en los ojos de Arturo la intención de ganarme la apuesta en ese instante.

El prolongó la pausa y gozando de antemano, volvió a repetirme con mucho misterio: "**Vox populi vox dei**"... ¿No sabe usted lo que significa?

—Nó, señor — le contesté — conservando cuanto podía el carácter correcto del personaje.

Entonces él miró a todos lados, como temiendo que alguien pudiera sorprenderle un horrible secreto, me tomó de la mano y me llevó hasta las candilejas con una cara llena de sobresalto.

Yo pensaba entre mí: ¿Por dónde va a salir éste bárbaro?

Entonces me confió con una voz más misteriosa todavía:

"**Vox populi vox dei**"... quiere decir que cuando habla el pueblo es como si hablara el buey, porque no le hace caso nadie.

Y me ganó la apuesta.

AL MAESTRO, CUCHILLADA.

En 1924, actuábamos en Santiago en combinación con el famoso humorista Buonavoglia, que hacía sus números al final de nuestras comedias.

Pronto intimamos con el bufo italiano y andábamos continuamente de broma entre bastidores.

Una noche, Bührle se hallaba en lo mejor de una escena cómica, cuando se le presentó Buonavoglia, extrafalariamente vestido; llevaba un ramo de flores averiadas en la mano y se las entregó a Bührle diciéndole que era un obsequio que le mandaba una admiradora de galería.

El público se echó a reír, celebrando la ocurrencia, y Arturo se quedó todo corrido, dándole vueltas al ramo, imposibilitado de contestar a Buonavoglia que ya estaba a salvo riéndose desde una lateral.

Terminó la comedia y le llegó el turno al humorista.

Por esa época teníamos de huésped en la capital, al Principal Humberto de Savoia, y la prensa había comentado risueña y extensamente la circunstancia de que el futuro soberano viniera acompañado de una especie de ayo — el Almirante Bonaldi — que ejercía una tiránica disciplina sobre la principesca mocedad.

Contábase que en lo mejor de una fiesta, en lo más animado de un baile, el celoso Almirante se acercaba al Príncipe a recordarle que ya era hora de retirarse. Y otras cosas por el estilo.

Volvamos a Buonavoglia.

Su trabajo gustaba al público, y el artista, halagado por el éxito, era muy blando al recla-

mo del bis. Se prodigaba mucho y la función terminaba demasiado tarde.

Esa misma noche, cerca ya de la una, Buonavoglia no finalizaba su espectáculo.

De pronto, vió el público aparecer por el foro al Almirante Bonaldi, acercarse majestuosamente al bufo italiano y decirle con toda ceremonia:

—Alteza, es demasiado tarde. Ya es hora de acostarse. Diga las buenas noches y váyase a la cama.

Y Bührlé se marchó arrastrando, solemnemente, la cola de aplausos que la sala entera le tributaba por su oportunidad y su perfecta caracterización del personaje.

Buonavoglia no pudo continuar, a pesar de ser uno de los cómicos más frescos que he conocido. Y tuvo que echar el telón.

XIII

El Pasional

El Pasional

"El matrimonio y el amor no tienen nada que ver; son dos cosas distintas. Las gentes se casan para constituir una familia y las familias constituyen la sociedad.

... ..
Sólo se casa una vez, porque la sociedad lo exige; pero se puede amar veinte veces durante la vida, porque así lo quiere la naturaleza. El matrimonio es una ley y el amor es un instinto, que tan pronto nos empuja a la derecha como a la izquierda".

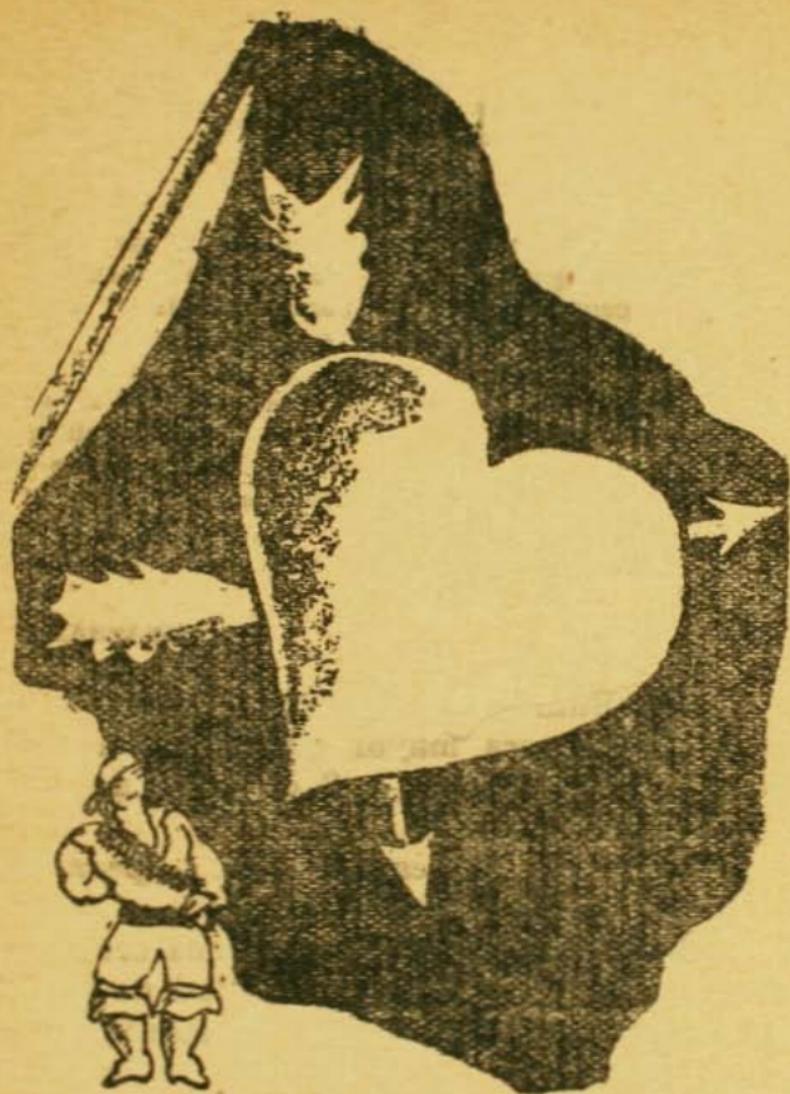
MAUPASSANT.

Arturo Bührlé se casó muy joven demasiado joven. Apenas era mayor que la novia y Elena Puelma, en esa época — 8 de abril de 1907 — era todavía una mocosa. (*).

El resultado fué catastrófico... para la pobre Elena. Porque Arturo, al llegar a los veinte años, esa dichosa edad en que todos creemos descubrir un nuevo continente — edad de la pasión y la locura, tan añorada por el hombre maduro como lejanamente incomprensible en la vejez — el artista consorte se volvió un pirata.

Cortaba las amarras y levaba el ancla de su navío, cada y cuando un erótico ventarrón inflaba en su velámen el contorno de un seno de mujer.

(*) La petición de mano la hizo don Pepe Vila.



¡Suerte grande la de este pirata!

No está mal. Sigamos por la vía marítima.

Con el rendido corazón a proa, embarcaba a la flamante capitana sobre el puente de mando y zarpaba con rumbo hacia los mares — casi digo **procelosos** — del amor, a correr la bella aventura.

Más el retorno no se hacía esperar. El bajel del ensueño pasajero recalaba muy pronto, roto el timón, las velas flojas y tronchado el bauprés.

Hubo también cruceros de naufragio, en los que el capitán logró salvarse por un acto de audacia, arrojándose al agua en alta mar para ganar a nado la costa.

¡Suerte grande la de este pirata! No muchos la contarán. En la rada del puerto conyugal estaban siempre dos brazos abiertos que lo aguardaban, el eterno perdón y la lámpara encendida.

La esposa, leal y querendona, olvidábalo todo en cuanto aparecía en el umbral el pobre capitán alicaído, con la cara compungida y la bandera arriada.

Pero los viajecitos se repetían.

*

* *

En los amores de Bührlé no entraba para nada el actor cómico, salvo en detalles epidérmicos sin ninguna importancia.

En el fondo le hervía, en una olla de aquelarre, una híbrida mezcla de macho en celo, de ilusión, de incontinencia desprejuiciada y de un un temor constante de que lo abandonaran.

Sintió el amor a ramalazos, tempestuoso, con cierta turbulencia sentimental, del más puro estilo romántico.

Musset lo hubiera comprendido. Pero no más que en el estilo.

Bührle no tuvo el culto de la añoranza. De sus amores no se acordó jamás con pesadumbre melancólica. A lo sumo, una frase banal y un gesto vago — si alguien se los recordaba — como si esos amores hubieran sido de otro. Se le borraban, desaparecían.

No eran más que pasiones momentáneas, crisis violentas, arrebatadas, a las que se tiraba de cabeza, como por un despeñadero. Cuando salía de ellas, daba la sensación de un hombre que se despierta de una pesadilla.

Bajo el imperio del embrujo, se transformaba en un poseso, juguete de sus nervios y de sus celos inverosímiles. Cometía locuras inauditas; desgarraba sus ropas, se daba tajos con cortaplumas y le hacía la vida imposible a sus mejores amigos.

A mí me tocó soportarle una de esas en el año 1919.

El iba enamorado de una actriz que, por circunstancias especiales del trabajo teatral, tenía conmigo escenas de pasión.

Ella era una buena amiga mía y jamás se me ocurrió galantearla. Sin embargo, aún recuerdan los artistas que iban en esa compañía, las incidencias que pasaban a diario.

En plena función, en mitad de una escena amorosa, aparecía Arturo detrás de una puerta diciéndome con la vox entrecortada:

“¡Hasta cuando prolongas la escena! La has besado en la boca, cuando me dijiste que iba a ser en la cara... ¡Suéltale las manos!”

Y con las suyas, crispadas, zafaba un tornapunta o desgarraba el muro de papel.

Al hacer mutis, si me pillaba de buen humor, yo me contentaba con decirle al paso que no hiciera macanas. Pero hubo casos en que me hizo equivocar y entonces salía furioso, echando tajos y reveses, a encerrarme en el camarín.

Al poco rato llegaba Arturo y se echaba llorando en mis brazos: "¡No te enojés, por Dios; yo sé que tú me comprendes. Esto es más fuerte que yo. No lo puedo resistir. ¡Soy un salvaje! Un verdadero salvaje!"

Claro que lo comprendía. ¡Qué iba a ser un salvaje!

Con su peluca despeinada, sus ojos húmedos por el llanto, que resbalaba sobre su cara pintarrajeada, él no era más que un pobre payaso enamorado.

Y yo, poeta de la farándula, tenía que perdonarlo con todo mi corazón.

Hasta que no aguanté más. Y un día le dije que si me seguía jorobando, me iba.

Pero antes se fué él. Los dos. El y ella.

Una tarde, diez minutos antes de empezar la *vermouth*, se fugó con su adorado tormento, en un coche de posta, sin más equipaje que lo encapillado. Ella sin sombrero; Bührlé con una gorrita a cuadros, muy chula.

Fué su última aventura. Un escándalo mayúsculo. Salió en los diarios. Con fotografías de la niña y del raptor.

Intervino la familia de la actriz. Los hizo perseguir por la justicia.

Todo fué inútil. La popular simpatía que circundaba al raptor lo favoreció en todas partes.

Llevó con su amada una existencia errante, un idilio de pájaros, viviendo en los trenes, bajo

el amparo de un amigo conductor; en casa de compadres provincianos, donde quiso.

Una semana enterita se alojó en un cuartel de policía, cuyo jefe estaba encargado por exhorto, de tomar preso al fugitivo.

A los tres meses regresaron. "El" a su casa, "Ella" a la suya. Tan sin novedad.

Pasado algún tiempo de esto, cenábamos una noche con Arturo en el "Centro Español".

—¿No has sabido? — le dije — la Fulana está de novia en Buenos Aires... Se casa.

El, en ese momento levantaba la copa. Terminó de beberla tranquilamente y me respondió:

—Así he sabido.

Y siguió hablando de otra cosa.

XIV

La Locura

La Locura

Esa noche estrenábamos "Amores que matan", de Manuel Serrano. Yo no trabajaba en la obra y me fuí a verla desde un palco **avant scene**.

Por la mitad del segundo acto, observé que Bührlé comenzó a hablar con una voz muy delgadita, muy delgadita y a decirle a la Isaura Gutiérrez con quien estaba en escena: "Hay que hablar así ahora; es una moda que traen de la Argentina"... Y seguía hablando con la voz **aflautada**.

Luego observé que echaba unas miradas furibundas a la concha del apuntador y hacía chistes incoherentes, con una gracia dificultosa, extraña en él.

El público, acostumbrado a su manera de trabajar, no advertía la falla; pero hay cosas que no se le escapan a uno del oficio.

Yo notaba que ahí estaba pasando algo raro, como si el actor metido en un jardín, **entretuviera** la escena porque **no le daban letra**, esperando una coyuntura para seguir adelante. Pero no se encarrilaba nunca.

Salí entonces del palco y entré precipitadamente al escenario por la puerta de escape.

El apuntador, un muchacho recién llegado de la Argentina, había abandonado su puesto y no quería seguir apuntando.

—¿Qué pasa? — le pregunté.

—Pasa — me explicó — que el señor Bührlé no se sabe una frase del papel y yo, para ayudarlo, adelgacé la voz, entonando las palabras; y él, en vez de agradecermelo ha empezado a tomarme el pelo. Yo me despido ahora mismo. De mí no se ríe nadie.

—Hombre — le dije — se ve que usted no conoce bien a Bührlé. El es así. No se ponga tonto. Baje a la concha, ande.

—Ese señor se está volviendo loco — me replicó — ustedes no se dan cuenta.

No era posible prolongar más la situación. Cogí el libreto y seguí apuntando hasta el final.

El campanazo estaba dado. Despedido el apuntador, dijo a quien quiso oirlo que Arturo estaba loco.

Naturalmente, los primeros en creerlo, fueron los que nunca tuvieron nada de locos, los más graves, los más... ¡iba a decir una barbaridad!

Pero el rumor cundía y, francamente, por mucho elástico que tenga uno, llegó el momento en que Bührlé las hizo tales, que la verdad se caía de puro madura.

La defensa de los amigos ya no surtía efecto. Hay que estar ciego para no verlo — insistían los otros — no nos vengan con que son originalidades de artista. Esas son cosas de loco.

Y tenían razón. A veces la tienen. Porque cuando pateaba ejércitos de monstruosas hormigas que avanzaban al asalto de sus piernas, cuando decía que unas estrellas rojas, palpitantes, alfombraban su paso, y cuando pretendió sacarse caracoles y cornetas de los oídos, ya su mal era evidente.

Entonces, en un coche—cerrado con la suave portezuela del engaño — se le llevó a la casa

de la locura. Donde están esos hombres demarcados que visita un ángel con alas de murciélago.



Casa de la locura, castillo visionario que alza un paréntesis de **más allá** en medio de la urbe municipal y espesa. Catedral de creencias prodigiosas donde todo es milagro. Realidad de ambiciones infinitas. Torre de Babel. Puerta de la tierra. Casa del Cielo y del Infierno. Mansión de los espejos cóncavos donde se mira Dios perplejo. Allí el tiempo no es: se diluye en los sueños en libertad, se pudre en las horas muertas del pensamiento coagulado, o se hunde en la sima vertiginosa donde da vueltas la imaginación, atada a la polea de la idea fija.

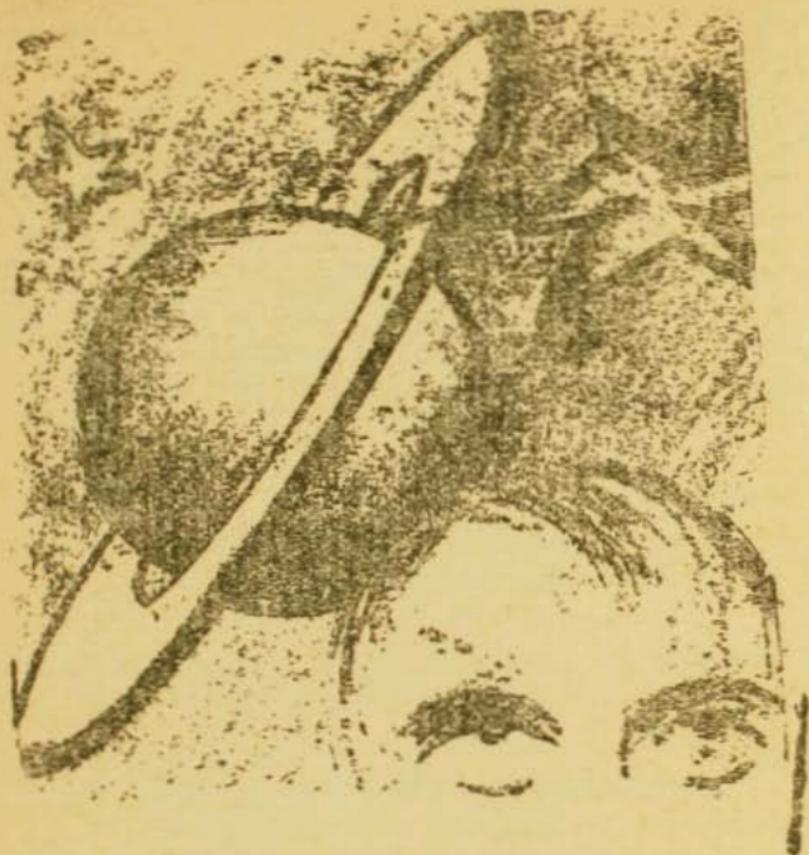


¡Desventurada etapa de mi pobre amigo!... Prefiero silenciarla y relatar, en vez de un trance congajoso, una curiosa anécdota.

Es esta:

Los directores de la Casa de Orates organizaron una de esas fiestas que, según piadosa tradición, ofrecen de vez en cuando a los enfermos. Sentado en primera fila muy ceremonioso, con los ojos fijos en el escenario, Bührlé miraba desarrollarse el programa.

De súbito, entre un número y otro, saltó de su asiento y subió a las tablas, trepando por el piano.



...donde da vueltas la imaginación, atada a la polea de la idea fija...

Alguien quiso atajarlo, pero el doctor que lo atendía ordenó: "Déjenlo que haga lo que quiera."

El actor quedó un instante en suspenso, miró al público y sus ojos chispearon. Luego empezó a hablar, improvisando un monólogo originalísimo. Al terminar, se inclinó a los aplausos, volvió a su sitio y siguió mirando el espectáculo con toda gravedad.

Al día siguiente su esposa lo felicitó:

—Ya sé que está usted muy buenito. Me han dicho que ayer trabajó en una función y lo aplaudieron mucho.

Arturo la miró asombrado y juntando las manos, se disculpó con miedo:

—Nó, Elenita, nó; no es cierto. Yo no me he movido de aquí.

Decía la verdad—su verdad—no tenía la más remota idea de lo sucedido.

Ese monólogo cómico, relámpago fugaz prendido en la telaraña de la inconciencia, que el doctor Letelier calificaba de genial, es el símbolo más perfecto de toda la labor escénica de Bührlé, de la que no nos queda ni una huella en un disco fonográfico.

¡Pobres artistas de teatro!... Reyes de los palacios de papel, triunfadores de efímeras noches. Luciérnagas, luciérnagas... Luces de fósforos que brillan un instante y se apagan después en la sombra sin dejar un rastro...

XV

Los recursos de la astucia

Los recursos de la astucia

Con la venia de Pío Baroja, cuyo es el título que encabeza estas líneas — puesto por él a una de sus sabrosas “**Memorias de un hombre de Acción**”, — me voy a referir a cierta cualidad innata que Bührle poseía en grado eminente y superlativo.

Hombre de acción él mismo, infatigable emprendedor de **giras**, no perdonaba esfuerzo para salir avante cuando algún contratiempo le cerraba el camino.

“En la guerra como en la guerra” — decía — y echaba mano de los recursos de su astucia que eran inagotables, de sus artimañas que eran infinitas.

Tenía los ardidés del cómico de antaño, del más puro abolengo español — ¡Lope de Rueda, Torres Naharro y demás padres de la antigua farsa, salud!—Tenía la estampa clásica de los truhanes de novela picaresca, duchos en toda suerte de trapacerías, de socaliñas y de martin-galas. Y, sobre todo, la argucia del gitano.

Me recordaba a aquel famoso “Telaraña”, de Joaquín Dicenta, “maestro supremo en la trápala y el cambiazo”, cuyas “habilidades para fingir lo blanco negro y el gato liebre, no hallaban par entre chalanés”.

Bührle también, salvando las distancias, no tuvo par entre faranduleros en eso de engatuzar al soberano pasándole catas por loro.

¿Que al iniciar una temporada, empezando a montarse repertorio, la empresa le exigía extremos? Pues, mientras se ensayaban obras nuevas, venga una **hecha por todos**. Se le cambiaba el título, se le cambiaba el nombre a los personajes y... ¡estreno! aunque la pobre comedia se estuviera cayendo de puro anciana desde el año del cólera.

—Me parece haberla visto representar en mis tiempos, no recuerdo si por Palmada o por Pepe Vila... — solían observar humildemente unos viejecitos temblones, venerables, arrugaditos.

¿Que en el pueblo de Rucapequén el Alcalde quería ver un drama de Calderón de la Barca — cuyo repertorio nos quedaba largo — y si no, no prestaba la banda? ¡**A doblar** todo el mundo, a suprimir personajes, a cortar diálogos, y el drama iba! Y el Alcalde, encantado, imponía el abono obligatorio a toda la sociedad rucapequense.

Claro que

si Calderón resucitado había

vuelve a la helada tumba do yacía

y antes nos mete a todos en la cárcel.

Bührle no se apuraba por nada. Cuando en alguna obra debía aparecer la tía y faltaba esa dama, salía el tío. Y así. Todo se subsanaba.

Se oían diálogos homéricos. Véase la clase:

—Don Arturo, ¿quién va a hacer el hijo que llega de la guerra en el último acto? — preguntaba el traspunte.

—¿No se queda nadie fuera?

—Nadie.

—Entonces quiere decir que el tren se ha retrasado y sales tú con un telegrama. Listo.

—No puede ser, don Arturo. Yo salgo en la misma escena para dar aquella noticia del matrimonio. ¿Cómo lo arreglamos?

—Muy sencillito. Pones un periódico sobre la mesa y ahí se enteran de la noticia.

Ni el propio Dios de los Cielos.

Yo creo que si hubiera tenido que hacer el "Hamlet" y llega a faltarle la *sombra del padre*, saca una carta.

Los cómicos — si me leen, que lo dudo — dirán que tales triquiñuelas son cosa muy corriente en el oficio. Aceptado. Pero reconozcamos: Arturo le daba punta y raya al más pintado y hubiera puesto en jaque al mismísimo protagonista de "El novio de doña Inés", ese actor-empresario que vociferaba: ¡Hay que hacer el **Tenorio** aunque nos maten! Ya tengo hecho los cortes: del primer acto pasamos al cuarto. Al cuarto de la enfermería — le pronosticaba su mujer.

Y no era sólo en estas jugarretas de telones adentro donde ponía Bührlé a prueba sus recursos para dar el **camelo**, sino en jugadas de mayor calibre...

Pero le resultaban tan graciosas, tan en chiquillo diablo, regalón y **consentido**, y adoptaba después una actitud tan cómicamente compungida, que todo el mundo se las perdonaba.

¡**Cosas de Bührlé!**... — decían — y el propio damnificado era el primero en echar la cosa a la broma. No tenía más remedio.

Es que lo hacía todo con esa gracia endemoniada "**plus belle encore que la beauté**", según decía La Fontaine, y de todo él emanaba una

fuerza irresistible y avasalladora: la fuerza de su inmensa simpatía, el más precioso don que los genios del aire pueden a los mortales conceder, según debió decir algún cuentista árabe.

*
* *
*

No quiero terminar este capítulo sin contar antes una anécdota que resume, típicamente, sus cualidades de rapidez en la concepción, audacia en la acción y... frescura en la representación.

Anécdota triangular por donde se la mire, en la que Bührle, puesto en el centro de la figura, se la jugó al autor, al empresario y al público, quedó bien con los tres y encima ganó plata.

Héla aquí:

Estábamos trabajando en el "Comedia". Una tarde Waldo Urzúa me llevó los originales de un sainete en tres actos: "Amenidades del diario vivir", a base de **Don Fausto**, **Doña Crisanta** y los otros personajes de la serie.

La obra, escrita rápidamente, no era una maravilla. El autor no se propuso más que aprovechar la enorme popularidad de las caricaturas de Mac Manus, en lo que acertó medio a medio.

Primera vez que los tales personajes se llevaban a escena, espléndida caracterización de Bührle y de la Puelma, el sainete fué un exitazo de boletería: tarde y noche a tablero vuelto. Hasta el final de la temporada, que se cortó bruscamente por una circunstancia dolorosa: Bührle sufrió el primer ataque serio y tuvo que ingresar al Manicomio.

En cuanto lo dieron de alta, se fué a Valparaíso, donde inmediatamente arregló negocio con un empresario.

Se presentaría con "Amenidades del diario vivir", gran éxito en la capital. El y su esposa, protagonistas. Los demás intérpretes se buscarían en el puerto.

Ensayos previos y asunto terminado.

Pero el día antes del debut — todo el teatro vendido, el empresario hecho unas Pascuas — telegrama del autor:

"Prohíbo estreno. Personal compañía deficiente. Mataránme obra.—Shakespeare, digo, Urzúa."

Reuniones, consultas, conciliábulos. El empresario pálido. Bührlé se juega el todo por el todo. Contesta:

"Estreno obra, pese a quien pese.—Arturo Responde Urzúa:

"Policía ésa impedirálo Hay orden judicial.—El Autor."

¿Qué hacer?

¡Momentum catastrophicum!

La propaganda hecha, el teatro vendido, los cómicos con el préstamo, el autor en el macho, y el empresario con la cabeza a dos manos.

La última esperanza se desvanece: Se acerca al teatro un empleado de la Prefectura y da a conocer la orden que prohíbe terminantemente el estreno de "Amenidades del diario vivir" de don Waldo Urzúa.

El Empresario se
va a tomar una
pilsener

—Bien — dice Arturo —
y manda retirar los carte-
les de la puerta.

A los diez minutos apa-
recen otros recién pinta-
dos: “**Don Fausto y Doña
Crisanta**”, por **Arturo
Bührle**.

En seguida reúne a la compañía, saca un li-
breto y reparte la nueva obra.

¿Cómo? Se trataba de “Las delicias del ho-
gar”, comedia muy antigua, adaptada del fran-
cés, que todos los cómicos la tienen **hecha por
sopas** y en la cual figura un marido dominado
por su mujer.

Bautizó a los protagonistas Fausto y Crisan-
ta y al otro día la estrenó con un éxito clamo-
roso.

El público feliz, el Empresario idem. Sólo el
Autor — que se tiraba de los pelos (*) — no
cobró los derechos.

(*) De eso quedó calvo. ¿Ve lo que le pasó por
soberbio?



A los diez minutos aparecen otros carteles recién pintados ..

XVI

El amigo

El amigo

Arturo Bührlé fué, sin duda, el hombre que tuvo más amigos en el país. En todos los ambientes y en todas las capas sociales.

Andaba siempre como un candidato en tiempo de elecciones, repartiendo abrazos y apretones de manos, a diestra y siniestra, efusivamente, lo mismo al prócer de barbas senatoriales que el último ayudante de tramoyista.

Generoso a toda prueba, derrochaba el dinero a manos llenas. Su gran placer en épocas de holgura, cuando descansaba en Santiago, consistía en recibir a sus amigos en su casa, donde los festejaba en forma espléndida.

El último año, montó en la calle de Mosquito una casita encantadora. Ahí tenía mesa puesta a diario para sus relaciones.

Pasábamos las noches, un grupo íntimo, en bulliciosa camaradería, hasta muy cerca del amanecer. Se bailaba, se cantaba, se decían versos.

Y ¡cuidado con faltar a la tertulia! Salía el anfitrión en busca nuestra. Llegaba hecho una furia al "Centre Catalá" o al "Español": "Muy bonito!... Ustedes por acá muy tranquilos y yo esperándolos con la cena lista. ¡No me hablen nunca más!"

Y nos llevaba a la fuerza.

Los más asiduos eran los de las "Compañía Palmada": la Carelli, que se tomaba ella sola una botella de pisco, Valdor y su mujer, el coronel Braconi, Tormo, Babater, y otros.

Cuando se marchaban los tertulianos, Arturo me invitaba al patio, a escuchar el concierto de una colección de canarios, jilgueros y chincoles que tenía en unas grandes pajareras. Cada pájaro con un nombre de lo más divertido: "El patas a la chuña", "La pobre ave", "El Pisadorcito", "El cara de pregunta"...

—¿Ves? — me decía — esto es mi ideal: después de cada gira, pasar un mes de veraneo en mi casita, oyendo cantar los pájaros... Ya está aclarando — terminaba — vamos a ver si no te falta nada en tu pieza.

Y es que la cariñosa previsión de mi amigo me tenía una pieza reservada para alojarme en su casa cuando iba a verlo. "Así podemos charlar hasta bien tarde — me decía — sin temor a que pesques un resfrío al irte por esas calles, en la madrugada"...



Un caso de cómica generosidad.

El actor argentino Carlos Espila, que nos visita periódicamente desde que vino hace veinte años con Mariano Díaz de Mendoza, llegó la última vez con la "Compañía Romeu". La compañía reventó y Espila se quedó botado y sin con qué.

A fin de que pudiera volver a la Argentina, le organizamos una función de beneficio.

Bührle no podía tomar parte en el programa por no recuerdo qué motivo.

En vista de eso, cuando el interesado fué a hablarlo, le dió primero este consejo: "Con la plata que saques del beneficio, en vez del pasaje te compras una mula para pasar la cordillera. Así te sale el viaje gratis, porque en llegando a Mendoza la vendes". Después sacó la cartera y le alargó cien pesos. "Para que me doubles una entrada a paleo, advirtiéndote que puedes revenderla, porque no pienso ir".

Espila se deshacía en agradecimientos.

—No me agradezcas nada—le interrumpió Arturo—lo hago para que te vayas pronto. Es una vergüenza que todavía no te hayamos echado. Qué pensará de nosotros el Gobierno de la Casa Rosada?

*

* *

Bührle era muy exhuberante y expansivo cuando manifestaba su amistad. Tenía rasgos simpatiquísimos que conquistaban de golpe.

Uno recuerdo que me hizo mucha gracia, como también me pudo hacer llorar.

Hacía tiempo que no nos veíamos. Yo estaba fuera filmando películas y había llegado esa noche a Santiago. Nos encontramos en la calle. En la calle Monjitas. El iba con su familia saliendo del teatro. Me divisó a la distancia y me nombró con un grito. Nos pegamos una serie de abrazos y luego, sin poderse contener, exclamó:

—“Hay que celebrar este encuentro, por las remáquinas!”

Se sacó el sombrero de paja, lo tiro al medio

de la calle y empezó a zapatear encima de él hasta hacerlo tortilla.

Así era Arturo en el fondo, niño grande bueno como el pan.

La cáscara amarga con que se acorazaba para el tragín escénico, era frágil también y quebradiza como el sombrero de paja, que él destrozó para ofrecer en carne viva su corazón—de pulpa tierna y fraternal.

XVII

La jira trágica

La jira trágica

Cuando Arturo abandonó la capital para emprender su última gira, en el mes de enero, ya iba marcado con la traza de los que van a morir pronto.

Enflaquecido, las mejillas sueltas, quebrada la color... Daba pena. Con las pálidas manos quietas sobre los brazos de un sillón, se quedaba a menudo en silencio, largamente, mirando sin ver, como pensando en otra oca... Y ya tenía la sonrisa triste.

Se mostraba optimista, sin embargo; decía chistes, dominaba el desanimo y hablaba con entusiasmo del futuro. (*)

Su entereza lo pudo haber salvado y lo mató su rebeldía: le prescribieron los médicos, si no la abstinencia absoluta, que de sobra sabían no iba a aceptarla, por lo menos moderación en sus bebidas; pero fué inútil. Para evitar la vigilancia de su familia en su casa y la de sus amigos íntimos en el bar, había inventado una treta: pedía una copita de pisco en un vaso

(*) Sólo hay un dato de que sospechara su fin cercano. Antes de partir hizo un viaje a Valparaíso a despedirse de Luis Romero que había sido su último representante.

—Compadre— le dijo — vengo a decirle adiós, porque me “tinca” que no lo voy a ver más. . .

grande de agua. A los más se repetía dos veces. Muy correcto.

Hasta que le descubrimos la combinación; los cantineros instruidos por él, le servían la bebida al revés...

*
* *

La última gira fué un calvario.

Salía a escena febril, desencajado, bajo la máscara de albayalde y colorete. Su organismo destruído no lo dejaba alimentarse y la debilidad lo consumía.

Trabajaba afirmándose en los muebles y la mayor parte de las escenas permanecía sentado.

Daban pena los esfuerzos sobrehumanos que hacía ante el público por ocultar su mal y mantener hasta el último su prestigio de artista.

Hubo episodios desgarradores que sobrepasan toda la leyenda tejida en torno a los payasos trágicos.

Una noche, después de un detalle cómico, cayó de bruces sobre un sofá. El público aplaudía desafortadamente. Bührlé no se movía y esto daba más risa. Su esposa, que sospechó el motivo de esa inmovilidad, continuó heroicamente la escena, como pudo, para que nadie se enterara. Y cuando bajó el telón, guillotinando un coro de careajadas, el actor continuaba sin sentido, arrojando sangre por boca y narices.

En esta forma horrible continuó trabajando hasta Valdivia. Aquí después de un ataque violentísimo, cayó para no levantarse más.

El enfermo quedó en el Pensionado de San Juan de Dios, y su familia tuvo que seguir con

la compañía a Osorno, a fin de subvenir a los gastos de la enfermedad, alentados por la esperanza de una próxima mejoría.

¡Estéril sacrificio! El día del debut llegó al escenario del Teatro de Osorno, el telegrama que anunciaba el principio de la agonía.

Su hija, Mariíta Bührlé, iba en ese momento a cantar sus tonadillas. La orquesta terminaba el preludio y el público esperaba.

Apenas tuvo tiempo de enjugarse las lágrimas. Salió al proscenio y, bajo la insolencia de los reflectores, empezó a cantar.

XVIII

El último viaje

El último viaje

Todo Valdivia fué a despedirlo a la Estación. El sino de su vida andariega se cumplía hasta el fin. En un furgón mortuorio, toda una noche, el cadáver de Arturo Bührlé viajó rumbo a Santiago.

No quiero hacer literatura de **pompa fúnebre**. Me asquea el melodrama. Me violenta escribir este pasaje. Yo quisiera ignorar lo que es un adjetivo y estampar con la plancha del agua fuerte, a pura fuerza bruta y al estilo de Goya, ese "**Nocturno**" de la última jornada.

... Esa locomotora empenachada de fuego, que arremetía en la sombra, jadeando con la carga de una gloria extinta.

... Esos andenes de estación, donde el tren se detenía bajo la lluvia, y esas bandas municipales o murgas improvisadas, que tocaban a la sordina.

... Esos grupos de amigos silenciosos, que en todos los pueblos surgían de la niebla como fantasmas, con impermeables rutilantes o mantas de Castilla, que traían coronas encintadas o brazadas de flores silvestres.

... Esas antorchas en la oscuridad.

... Esa Estación de Linares, donde el Tony Chalupa, sus compañeros y la murga del circo, aguardaban a la intemperie — sonando una mú-

sica triste — para decir adiós al payaso que se iba.

...Y llovía, llovía interminablemente, como si el cielo comprendiera también.

Y el tren pasaba.

*
* *

Arturo, la última vez que nos vimos en tu casa fué en la noche de Navidad de 1926. ¿Te acuerdas? Después de la cena, nos tendimos en el **hall** sobre unos choapinos. Allí, mientras sorbíamos de a poco un aromático ponche, me hablabas de tu próxima **tournéé**.

—Llegaré hasta Valdivia — me decías — en abril me tendrás de regreso.

Así fué. Alcanzaste hasta Valdivia y llegaste en el mes de abril. Pero no con el cuello del gabán subido, el sombrero echado atrás y los ojos reidores como antes. Llegaste en una caja negra, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados para siempre.

*

Toda la prensa consagró a su memoria un homenaje póstumo.

“La Nación” lo hizo editorialmente. Las mejores plumas del país comentaron la desaparición de nuestro Garrick.

*

El recibimiento en Santiago, tuvo los caracteres de un acontecimiento nacional. El Gobier-

no, por primera vez, se hizo representar oficialmente en los funerales de un actor. Una muchedumbre inmensa acompañó su féretro.

*

Frente al "Teatro de la Comedia", que colgó de negro su fachada, la carroza hizo alto. Y mientras en la calle las orquestas unidas de los teatros ejecutaban la "Marcha Fúnebre" de Chopin, todos los artistas residentes en la capital, desfilaron deshojando rosas sobre el ataúd.

El popular Nicanor de la Sotta, ese muchacho tan bueno, el temperamento artístico más rico en fibra formado en nuestro ambiente, que estaba muy enfermo, se hizo levantar de la cama para acompañar el cortejo. Hermoso rasgo de compañerismo que le costó la vida. Murió a los quince días.

*

Por entre las cortinas de mi coche, observé detalles enternecedores en la multitud. Recuerdo una pobre mujer del pueblo que con un niño en brazos recorrió la enorme distancia de la Estación al Cementerio. Llevaba un ramito de flores humildes.

*

En la tribuna del Panteón, escritores, artistas, delegados de las principales instituciones obreras, lamentaron la pérdida irreparable.

*

La "Sociedad de Autores Teatrale" me encomendó la honrosa misión de hablar a nombre de los actores chilenos. Yo dije estos versos:

EN LA TUMBA DE ARTURO BÜHRLE

*

¡Compañeros! ¡Artistas! ¡Comediantes de
[Chile!

Llegad hasta el hondor
de mi angustia infinita
para escuchar la desgarrada voz
de este poeta vuestro, sangre de vuestra sangre,
que en medio de la farsa elevó su canción,
que salvó del olvido la historia calumniada
del cómico ambulante, del histrión,
y puso en sus estrofas, al cantar vuestra vida
todo su corazón.

Así, trémulo grupo de pálidos hermanos,
digamos el adiós,
heridos por la misma puñalada,
por el mismo dolor,
digamos el adiós desesperado,
adiós supremo, de renunciación,
frente a la tumba abierta del que era
nuestro Hermano Mayor.

Pero antes recordemos la odisea
que vivimos nosotros, los que fuimos en pos
de aquel ideal acariciado tanto
que parecía una obsesión:
el teatro criollo, el teatro
de nuestra tierra, esa ambición
de decir: ¡Yo te quiero! a la chilena,
en una escena de pasión,
al hombro el poncho de la gente huasa
derribado a la nuca el guarapón.



En la tumba de Arturo Bührlé

Y fuimos adelante.

Era pobre la música de nuestro batallón,
y débiles las armas y pocos los soldados,
y estaba tan lejana la soñada ilusión!

Pero nuestra fanfarria salió por los caminos
enardecidamente, prolongando su son
a través de los valles, despertando los ecos
del fondo del barranco de nuestra tradición,
en donde estaba un alma prisionera,
llena de gracia y de color,
que si tenía un poco de tristeza araucana,
reía con un aire socarrón.

¿Recordáis compañeros?

Eramos pocos; pero nos sobraba el valor,
porque junto a nosotros alentaba
Arturo Bührlé, el Precursor,
que agitaba en sus manos el cetro de su arte
con gesto retador.

Idolo de los públicos, que tuvo
más poderío que un Emperador,
porque su Imperio estaba en los espíritus
y nadie a destronarlo se atrevió.

Lo coronaba el éxito,
lo saludaba el sol.

Era el momento de oro
y Arturo Bührlé no dudó:
Hijo, como nosotros, de la escena española
que en los primeros pasos nos guió,
rindió el tributo de los hijos fuertes
que independizan su valor.

Fué entonces como sobre
la gloria centenaria del teatro español,
izamos orgullosos
una humilde bandera tricolor.

Y ahora estamos como niños huérfanos,
buscando a tuestas al Animador,
que hizo el último viaje ¡oh vagabundo eterno!
en un nocturno y fúnebre vagón,
por los mismos caminos que aplaudieron
su paso triunfador.

Golondrina que viene desde lejos
a caer al Panteón,
con los primeros fríos del Otoño
que hacen más honda la emoción.

Una campana dobla por un artista
y en la bandera hay un crespón.

¡Público soberano! Frente a un actor insigne
ha caído el telón:
esa cortina negra que nos separa
de los que ya no son.

¡Comediantes de Chile!
arrojad la careta para llorar mejor.
Se ha ido para siempre
nuestro Hermano Mayor.

Serie de anécdotas

Pan por charqui

En los casinos militares de provincia, hemos tenido siempre los artistas un obligado **rendez-vous** con los amigos oficiales. Invitaciones al aperitivo, invitaciones al almuerzo, y hasta alojamiento algunas noches de excesivo brindis.

Bührle se arranchaba en ellos por semanas, tuteaba desde el Comandante abajo y se metía hasta en la cocina a preparar **causeos**.

En Cauquenes, por ejemplo, en 1920, donde se hallaba entonces de guarnición el Regimiento Valdivia, comía a diario en el cuartel, en medio de un ambiente cordialísimo, sazonado con cuentos y chascarros de los que Arturo poseía un arsenal inagotable.

Durante una sobremesa, comunicó el actor que el día siguiente celebraba su beneficio, y que tenía fundadas esperanzas en que la distinguida oficialidad no se negaría a asistir en masa a su **serata d'onore**.

Efectivamente, los capitanes Valenzuela y Varela, los tenientes Basaure y Sixto Ruiz, el contador Lizasuain y otros más, se apresuraron a tomar entradas, de un talonario que traía Bührle, bajo la promesa de cancelarlas después. ¡No había inconveniente!...

Se celebró la función, y cuando el beneficiado pretendió cobrar el importe de las entradas, el

teniente Basaure, que era su amigo más íntimo, le manifestó que ni él ni ninguno de los oficiales, estaban dispuestos a cancelarlas.

—No seas sinvergüenza, guatón, — le dijo — te llenamos la panza a diario, nos bolseas trago a toda hora, no te cobramos ni cobre y ahora vienes a pedirnos plata porque fuimos a verte payasear. No te aguantamos el salto.

Los demás oficiales, parodiando la frase de Avellaneda en el **Tenorio** eran de la misma opinión.

Arturo, que tenía mucha correa, aceptó riendo la broma. Les dijo que eran muy graciosos y que se la habían pegado.

No se habló más del asunto.

Al otro día, Bührle llamaba por teléfono desde el hotel:

—¿Aló?... ¿Con Basaure? ¿Como te va?

—¿Qué hubo? ¿Qué te pasa guatón?

—Oye, hazme el favor de prestarme tu capote para esta noche. Tengo que salir en un papel de militar y...

—No me digas más. Ligerito te lo mando con mi asistente.

—Un millón de gracias.

Al poco rato. Teléfono.

—¿Aló, aló? ¿Con el teniente Ruiz? Hablas con Bührle.

—¿Cómo te va guatón?

—Bien. ¿Cómo te va **Viruta**? (*). Era para que me prestaras un par de pantalones de montar. Esta noche tengo que salir vestido de militar y...

(*) Así lo llamaba por que tenía el pelo crespo y rojizo.

—Comprendido. En un rato más te los mando.

Y así lo hizo con todos.

A uno le pidió la guerrera, a otro un par de botas *chantilly*, a otro el sable, y hasta creo que se consiguió una montura.

Al día siguiente el hotel de Bührle estaba lleno de ordenanzas.

Se presentaba uno:

—Dice mi capitán Valenzuela que haga el favor de mandarle las botas, porque tiene que salir a caballo.

—Dígale a su capitán Valenzuela que me pague el palco.

Llegaba otro:

—Dice mi teniente Basaure que haga el favor de mandarle el capote que le prestó, que tiene que ir a la plaza esta tarde y la capa la tiene mandada limpiar.

—Dígale a su teniente Basaure que me pague antes las dos platea que le vendí.

Y no hubo caso.

Antes de medio día Bührle había percibido la cancelación completa de la deuda.

Y, como de costumbre, se fué a tomar el aperitivo al cuartel.

Si no paso, no hay función

Esto ocurrió en Arica, la noche del debut. Había sonado ya la segunda campanada, y el traspunte, cumpliendo con su deber, esperaba que estuvieran todos para dar la tercera, lo que no podía ser aún porque Bührle no llegaba.

Francamente, la cosa no inquietaba a nadie, porque él tenía la costumbre de llegar el último. Mientras tocaban la sinfonía, se vestía a todo escape, se pintaba cuatro rayas y listo.

Pero esta vez se demoraba demasiado. La función estaba anunciada para las nueve y media y ya faltaba un cuarto para las diez.

En la sala empezaban a oírse silbidos, acompañados del clásico bastoneo de la impaciencia.

Y el actor cómico no llegaba.

Preguntamos por teléfono al hotel; contestaron que ya se había ido. Se le buscó por todas las borracherías cercanas al teatro; tampoco estaba.

En esto dieron las diez.

El director de orquesta, para calmar los ánimos, había tocado ya como siete veces el "Cielito lindo" y el paraíso seguía hecho un infierno. Gritos, patadas, silbidos, ¡que se nos devuelva la plata!, y otras amenidades por el es-



tilo, se bordaban armoniosamente sobre el bastoneo del patio de butacas.

Y Arturo no aparecía por ninguna parte.

Como la cosa ya pasaba de castaño oscuro, Báguena y yo salimos a la calle, caracterizados como estábamos, a ver si dábamos con el desaparecido.

Lo encontramos en la puerta del teatro, sentado en unas gradas, a los pies del portero.

—Pero hombre ¿qué te pasa? — le gritamos — son más de las diez. No se puede levantar el telón sin tí. ¿Qué haces ahí? ¿Por qué no entras?

—Porque el portero no me deja — respondió muy tranquilo.

¿Qué había pasado?

Sencillísimo. Como era la primera noche que trabajábamos en la ciudad, el portero no lo conocía, y cuando Bührlé quiso entrar, lo atajó, exigiéndole su boleto.

—Yo no saco boleto.

—Entonces no pasa.

—Yo le advierto que si no me deja pasar, no va a haber función.

—Si, ¡cómo no! Véngame con planes. Están acostumbraditos a meterse de gorra.

Y el empleado siguió recibiendo las entradas.

El cómico entonces se sentó en las gradas y ahí se quedó.

Había que ver la cara del portero, cuando se enteró de la plancha.

—Señor Bührlé, si yo llego a saberlo...

—No tiene nada que alegar. Yo le dije muy clarito que si no me dejaba pasar no iba a haber función.

¡E viva Cristophoro Colombo!

En 1918, estábamos trabajando en Tocopilla con una suerte de todos los diablos.

Una epidemia de **grippe** azotaba la región y cada casa estaba convertida en un hospital. Tuvimos que suspender las funciones por falta de público.

Para colmo, más de media compañía cayó a la cama y los pocos que nos libramos del azote pasábamos los días y las noches cuidando a los compañeros enfermos.

Total, cerca de un mes botados ahí, sin más **panorama** que el de los cerros pelados, color de cobre viejo, que encajonan el puerto contra el mar.

Por fin pasó la epidemia.

Se llamó a **reunión de compañía**. La asamblea de convalecientes — pálida pero animosa — decidió reanudar la temporada.

Era en el mes de octubre y Tocopilla entera se aprontaba con todo entusiasmo a celebrar la **Fiesta de la Raza**. Principalmente la Colonia Española, cuyos miembros se llenaban la boca con Cristóbal Colón, gallego, y con que si doña Isabel la Católica no empeña sus alhajas, el Almirante no equipa las carabelas.

Pero — dato importantísimo — la Colonia

Italiana, picada en su orgullo, no se quedó atrás, y un día todas las calles aparecieron empapeladas con unos carteles que decían poco más o menos: "**E viva Cristophoro Colombo, glorioso navegante genovese, descubritore de l'America!**"

El cartelito cayó como una bomba entre los españoles.

Y el 12 de octubre se acercaba.

Nosotros, mientras tanto, levantábamos el telón ante cuatro gatos.

Y no era el caso del proverbio francés: **pas d'argent, pas de travail**; no, había que trabajar aunque no cobráramos un cinco.

Había que juntar para el viaje, porque el problema era de vida o muerte: A una enorme distancia de la capital, con los pasajes por las nubes, teníamos que salir aunque fuera gateando.

Una tarde, Armando Moeck que iba con nosotros, nos comunicó que había terminado una comedia: "Los perros", que el reservaba para Santiago, pero que, en vista de la situación, la entregaba a la compañía para su estreno en Tocopilla. A ver si se conseguía calentar el teatro y obtener algunas entradas.

Se leyó la obra, se repartieron los papeles y se empezó a ensayar apresuradamente, fijándose el estreno para el 12.

Se pintaron unos grandes cartelones que decían: "Estreno absoluto en Tocopilla del grandioso drama nacional "Los Perros". Suceso nunca visto. Por primera vez se dará a conocer en provincias antes que en Santiago, una de las más fuertes producciones del gran dramaturgo chileno Armando Moeck. Véanse programas".

Entre tanto, españoles e italianos andaban a la greña por las calles.

Cada noche ocurrían violentos choques entre los respectivos comités de fiesta, y las chuscadas andaluzas se entreveraban con los juramentos napolitanos.

Por nuestra parte, dábamos el último ensayo a "Los perros" que, como se sabe, es una comedia de tesis socialista que se desarrolla en un ambiente un poco sombrío.

Y sólo de pensar que por la rapidez de los ensayos, o por cualquier otro motivo, la obra no gustara, se nos ponía la carne de gallina. ¿Qué iba a ser de nosotros, náufragos agarrados a esta última tabla de salvación?

Por suerte la parte cómica estaba a cargo de Bührlé y en su gracia proverbial confiábamos mucho. Pero también era proverbial su negligencia para estudiar los papeles, ya que todo lo confiaba a la improvisación del momento.

Armando andaba desesperado detrás de él: "Estúdiate la obra,, por favor; mira que si no resulta la tesis, echas abajo el estreno y ¡adiós!" Ni por eso. El actor permanecía inconvencible.

En "Los Perros", Bührlé interpretaba un roto tremendamente flojo que aparecía en la escena tirado en el suelo y tapado con un jergón.

Llegó la noche del 12.

Gracias a la propaganda y a la Fiesta de la Raza, el teatro estaba repleto.

Se levantó el telón. Empieza la comedia.

Entre bastidores se pasean algunos artistas repasando los papeles, como estudiantes en día de exámen.

El autor se pasea también fumando los nerviosos cigarrillos del estreno, y de vez en cuando

se asoma a la primera caja atento a Bührle que, acostado sobre las tablas, fingiendo dormir, espera su parte tapado con un poncho viejo. Inmóvil, parece un montón de trapos.

El público se mantiene a la expectativa.

Llegado el momento, Elena Puelma le dá un puntapié al montón para hacer levantarse al perezoso. El bulto no se mueve. Segundo puntapié. Entonces Bührle se endereza, mira a su alrededor, se estira, bosteza, y después de restregarse los ojos, como quien sale de una espantosa pesadilla, grita con voz extentórea: "¡E viva Cristophoro Colombo, glorioso navegante genovese, descubritore de l'América!"



Nos quedamos helados. Armando Moock alcanzó a articular: ¿Qué está diciendo este hombre? y la respuesta no se hizo esperar.

Como movida por un resorte, la sala entera estalló en una incontenible carcajada que culminó en una salva de aplausos.

Con esto demostraba el actor su gran conoci-

miento del público. Su ingenio había producido esa explosión de risa colectiva, porque supo comprender la situación creada, y revelar de un golpe esa cosa de humorismo o de ridículo que suele haber en el fondo de los más serios asuntos, y que en esta ocasión, latente en el espíritu de todos, sólo esperaba la frase que resumiera el sentimiento unánime, la chispa de gracia que la encendiera para hacerla estallar.

Y no se detuvo ahí su audacia. A cada rato, viniera o no viniera a cuento, soltaba el viva al Almirante.

Moock echaba periquitos. "Esto ya es demasiado — gritaba — nos van a matar a todos" Pero la frase no fallaba. En medio de la escena más dramática, Bührlé lanzaba su viva y se llevaba una ovación.

La comedia se mantuvo en el cartel a teatro lleno y cada noche Bührlé hacía las delicias del público con su famoso grito.

Había plata. Estábamos salvados. Menos la tesis de Armando Moock, quien hasta hoy día en Tocopilla, está considerado como un gran autor cómico.

Un representante del Fascismo

Había en el ambiente literario santiaguino, un dramaturgo a quien llamaremos F., de reconocido talento y también de reconocido descuido personal.

La barba de siete días, los botines embarrados, los pantalones con rodilleras, eran sus características. Se sospechaba que F. cultivaba este abandono como otra forma de genialidad.

Una noche, en la tertulia del camarín, se discutía a Mussolini y su doctrina.

Bührle, que entraba en ese instante, terció en el debate, comunicándonos muy seriamente:

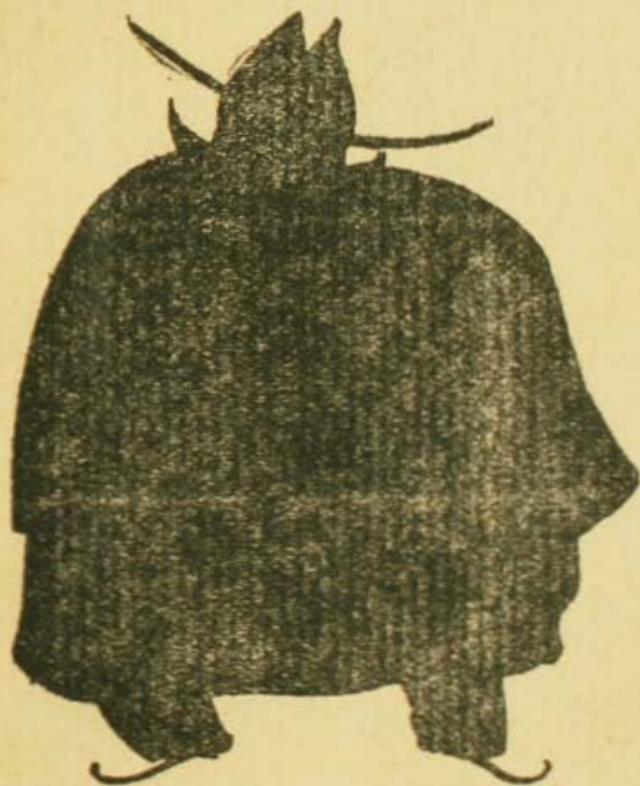
—¿No saben ustedes la novedad? F. ha sido nombrado representante del fascismo en Chile.

—¿Cómo así?

—Lo que oyen. ¿No se han fijado? Por ahí anda ya con la camisa negra.

La capa de Armando Moock

Cuando Armando Moock empezaba su brillante carrera de autor, y viajaba con nosotros



conviviendo los azares de la farándula, agarró la manía de vestir un tanto caprichosamente.

Gran chambergo felpudo sobre las melenas

crespas y abundosas, mostachos y perilla a la mosquetera, camisas escotadas hasta el pecho, zapatillas de baile y una amplia capa española con vueltas de terciopelo azul, que llevaba terciada con suprema arrogancia. Parecía un D'Artagnan traducido al esperanto.

Bührle, que era de lo más descuidado, salió una noche a la calle con la ropa de la función. Para ocultar su indumentaria, le rogó a Mooek que le prestara la capa.

Al día siguiente, Arturo llegó de capa al ensayo y ya no se la quitó más.

Armando se la cobraba todos los días sin conseguir nada.

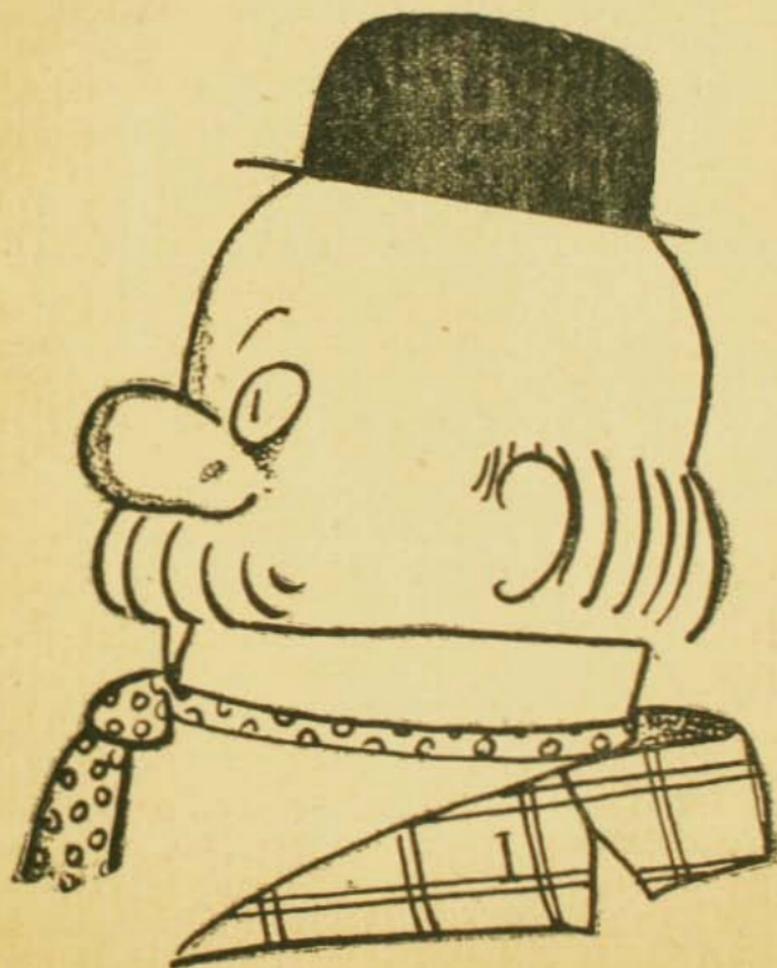
Pasó el tiempo. Arturo ya se consideraba dueño de la capa. Además de usarla todos los días, se la echaba por la noche a los pies de la cama, la utilizaba en los trenes como manta de viaje, y por último, se la ponía de colchón a dos perritos que tenía muy regalones y muy sucios: la "Mascota" y el "González".

Y una vez en que Mooek, sin perder la esperanza de recobrarla, insistía en pedírsela, Arturo lo consoló diciéndole:

—No se te dé nada, Armando; te voy a devolver dos capas: la tuya y otra capa de mugre encima.

Alemán de Valdivia

Durante una temporada floja, eran muchos los visitantes extraños al escenario que se quedaban a ver la función gratis, entre bastidores.



La empresa dictó una orden prohibitiva con el objeto de impedir el abuso..

Una noche en que el traspunte se veía negro echando gente para afuera, un caballero rubio, de lentes, con acento alemán, se resistía, negándole autoridad al empleado y exigiendo la presencia de don **Agtugo Bühgle**.

Llegó Bührlé y se entabló el siguiente diálogo:

—¿Usted es el señog Bühgle?

—Sí, señor..

—Apellido alemán, ¿vegdad?

—Sí, señor.

—Yo también soy alemán, **aj**.

—¿De Alemania o de Valdivia?

—De Alemania.

—Entonces, para afuera. No ve que todos los que ven la función desde aquí son **de valdivia?**

Bombones de chocolate

En los tiempos lejanos en que el actual "Cine Alhambra" se llamaba "Teatro Edén", actuaba allí una compañía de zarzuelas. La dirigía don Pepe Vila, el viejo y glorioso actor, ídolo de dos generaciones. Bührlé estaba con él de tenor cómico.

Un día Arturo amaneció malito del estómago a causa de una cena opípara. Como le asqueaban los medicamentos, su esposa le compró un purgante forrado en chocolate. Unos confites deliciosos.

Llegó al teatro con su paquete.

Elvira Celimendi, las hermanas Fuentes, don Pepe y otros artistas, se hallaban en la puerta.

—Hola, Arturito, ¿qué traes ahí?

—Bombones. ¿Ustedes gustan?

—Muy amable...

Y empezó a repartir bombones generosamente.

—¿Y usted don Pepe?

—Trae... Gracias, chico.

Eran exquisitos. Se agotó la caja.

En la función fué lo grande. Las hermanas Fuentes, en medio de un bailable, ponían unas caras horribles. La Celimendi sudaba. Don Pepe andaba pálido y le flaqueaban las piernas.

—¡Me caso en diez! — se lamentaba. — Yo no sé que demonio me ha hecho daño.

—Son los bombones, don Pepe — le dijo el tenor cómico.

Descubierta la broma, casi le costó el puesto.

Muchos títulos

En cierta ocasión se comentaba delante de Bührle el caso de un conocido autor chileno que por tercera vez estrenaba una obra con el título de "Amor ciego". Antes se había llamado "Amor en las tinieblas" y primitivamente, "Los ciegos ven".



Yo le voy a dar un título para el próximo estreno — interrumpió el actor. — Voy a decirle que le ponga "Lo que no se vé se atienta".

Un puerto de salvación

En el repertorio de Bührlé figuraba una obra en un acto y en verso, del poeta Andrés Silva Humeres: "Un puerto de Salvación", que tiene la gracia por arrobos y que solía ir al final de las comedias como petipieza.

¡Menudas petipiezas!... De memorable recordación para Elena Puelma.

En una escena, debe el actor pegarle a la característica, y Arturo, que la representaba con su mujer, se aprovechaba lindamente cuando según él, ella le daba motivo.



Sin decir nada, en cuanto tenía algún disgusto conyugal, se iba derecho a la tablilla y ponía: **Al final irá "Un puerto de salvación"**.

Su esposa ya sabía lo que eso significaba y traducía: **A la noche tengo paliza.**

—¡Por Dios, Arturo! — empezaba a decirle algunas veces — hoy llegaste al amanecer y te echaste vestido sobre la cama. Tú comprenderás que esto no puede continuar así.

—Oiga, mi hijita, — le interrumpía suavemente su marido — qué le parece que reprisemos en la noche esa obrita tan graciosa de este muchacho Silva Humeres?

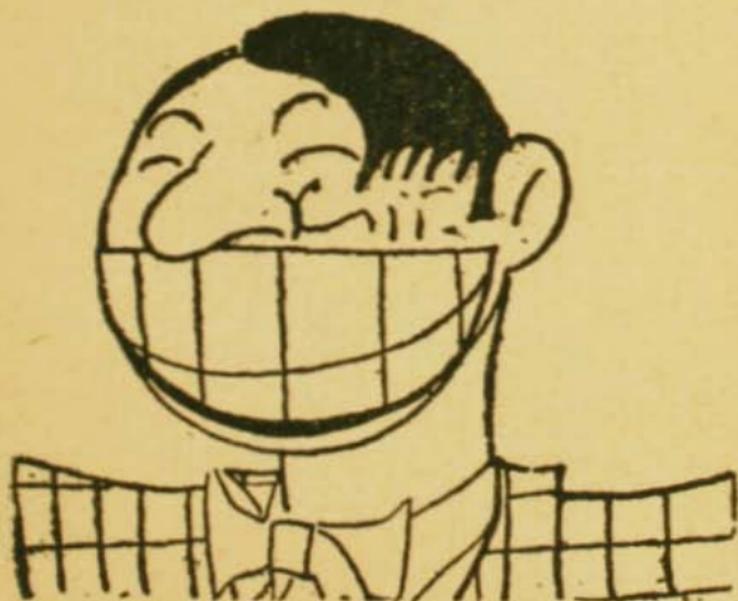
Entonces Elena, que es tan comprensiva, cambiaba la conversación.

Un piano

Como fresco era bien fresco.

Una noche Bührle estaba comiendo en el "Restaurant Becker", acompañado de unos amigos que disfrutaban encantados de su charla.

En la mesa del lado, un señor desconocido escuchaba también, celebrando con sonoras carcajadas las ocurrencias del actor. Abría tamaña boca, luciendo el impecable marfil de unos dientes grandes, cuadrados, saledizos, como notas de piano.



De improviso, en mitad de un chascarro, Bührle se puso de pie, llegó hasta el caballero que seguía riéndose, apoyó un dedo en un diente y entonó: ¡Fáááá!... sosteniendo la nota. ..

Después volvió a la mesa a terminar el cuento.

El tonto de la escopeta

Se iba a representar en Concepción "La Malquerida" de Benavente.

Bührle hacía "El Rubio".

Durante toda la tarde estuvo tomando en un restaurant cerca del teatro, en compañía de un hacendado ricachón del Sur, hombre franco y sencillote, que acababa de conocer el artista y estaba encantado con él.

Cuando llegó la hora de la función, se despidieron. El hacendado prometió comprar un palco para ir a verlo trabajar y quedaron formalmente comprometidos a reunirse en la noche para seguir tomando.

En efecto terminada "La Malquerida", volvieron a encontrarse.

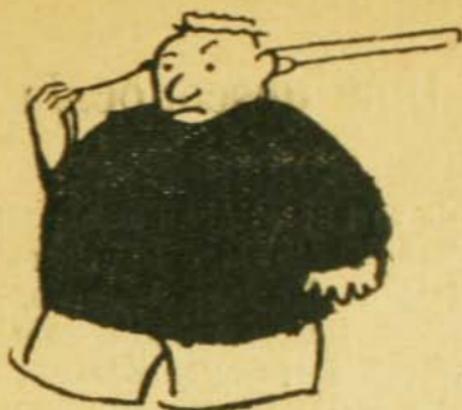
Estruendosas manifestaciones del hacendado. Abrazos y apretujones. Ya estaba bien pique.

—Linda la función — le decía — Usted sobre todo, señor Bührle, estuvo admirable. ¡Macanudo!... Pero ese tonto que salía con la escopeta... no me diga!...

—¿Cuál dice? ¡El que salió con la escopeta!

—¡Ese mismo! ¡Bueno el baboso bien pesado! Créame que si se viene a meter aquí sería capaz de pegarle por lo bruto. ¡Me daba una rabia!... Para acá, para allá, el tonto con la escopeta al hombro... ¡Usted si que me gustó har-

to! Hasta me hizo llorar... Tómese otro trago con su amigo!



Al poco rato, se sulfuraba de nuevo:

—¡Si cuando me acuerdo me vuelve a dar rabia! ¡Bueno el... tontón (*) grande! Con la escopeta al hombro, para allá, para acá... Créame, mi amigo, se lo juro como hombre, que si lo encontrara sería capaz de sacarle la mugre a bofetadas!

—Cálmese — lo tranquilizaba el otro — no se acuerde más de eso. Todos no pueden ser buenos artistas.

—Es que lo debían echar, por malo, ¿no le parece?

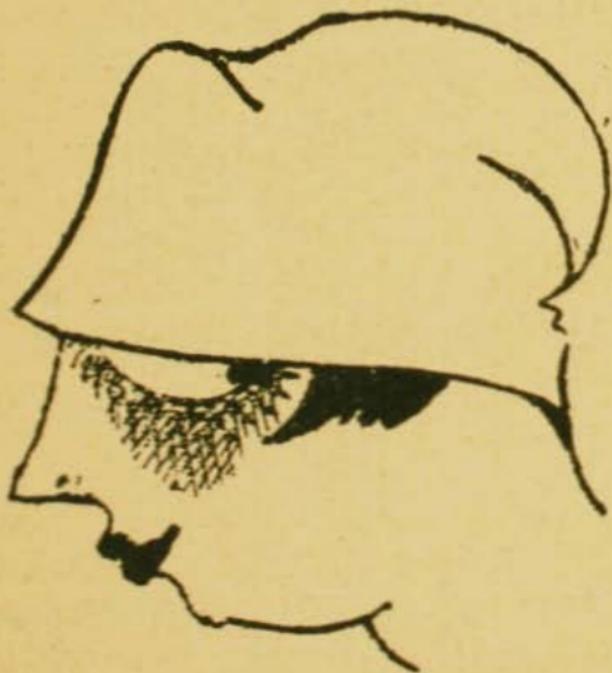
Arturo tragaba saliva. El tonto de la escopeta era él.

(*) No era precisamente tontón el aumentativo que usaba el hacendado, sino otro más expresivo y chilénísimo.

Una desconocida

Una tarde en que estábamos con Bührlé frente a la puerta del "Teatro Santiago", oyéndole unos pelambres a Mariano Latorre, pasó cerca de nosotros una famosa **cocotte** santiaguina, luciendo un garbo despampanante.

El actor se la quedó mirando embobado.



—¡Qué regia hembra! — exclamó — de buena gana le atracaría el bote.

—No vale la pena — le dijo Mariano — es una mujer muy conocida...

—Así será, compañero, pero yo no la conozco todavía — respondió filosóficamente Arturo.

Un temporal en Valparaíso

El actor chileno tenía un concepto descacharrante del nacionalismo.

Presento un botón de muestra que me ha ofrecido mi amigo el popular actor peruano Rogel Retes.

Allá por el año 1909, Bührlé trabajaba en Valparaíso, en el "Teatro Sócrates", que hoy ya no existe, y tenía por compañero de camarín a Rogel Retes.

Un temporal de órdago pasó a llevarse el muelle y el mar se metió en el puerto.

Arturo sintió deseos de ir a ver los descabros y convidó a su compañero. Más, como en algunas calles inmediatas al siniestro el nivel de las aguas no descendía aún, se precavió poniéndose unas magníficas botas altas de cuero ensabado, pertenecientes a Rogel, quien tuvo que salir con zapatos rebajados.

—No te preocupes — lo consoló Bührlé. Yo soy más pesado que tú. Donde sea preciso, te paso al apa.

Efectivamente, cuando tuvieron que atravesar por el agua de una acera a otra, Bührlé cumplió su palabra.

Retes iba feliz a caballo en Arturo. La gente comentaba ese rasgo de compañerismo. Pero al llegar al medio de la calle, donde el agua era

más profunda, Bührlé se paró en seco — valga decir — y ordenó categóricamente:



—Grita ¡viva Chile! con voz de falsete.

—Déjate de bromas — dijo Rogel — y sigue andando.

—No se trata de bromas, compañero peruano — contestó Bührle sin moverse — o haces lo que te mando o te boto al agua.

El pobre Retes sudaba tinta. Pero no tuvo remedio que ponerse a gritar.

Pudo aquí terminar el incidente. Pero una vez a salvo, tuvo Rogel la mala idea de mostrarse enfadado. Y la sacó peor. Porque para trasladarse de un lugar a otro, tenía que pedirle ayuda a Bührle, y éste, en cada viaje, se paraba en medio del agua, frente a los sitios en que había más gente, y lo hacía gritar a su gusto.

Esta anécdota, a pesar de lo disparatada, es rigurosamente auténtica.

El mismo Retes me aseguraba el otro día, que en aquella ocasión, cuando los vivos no salían del agrado de Arturo, éste rectificaba:

—Grite más fuerte, compañero, y sobre todo, atiple más la voz...

—Bueno— terminó diciéndome el simpático Rogel — excuso decirte el recuerdo que me traen los temporales en Valparaíso.

Epílogo



Les encantaba seguir las películas de series.

Ofidio y Laccen

Me declaro invadido por un vago temor. Pienso que, involuntariamente, puedo haber traicionado la figura difícil de mi amigo; que, talvez por buscar demasiado el apoyo de su apariencia cómica, no dí el espacio suficiente a su vida afectiva, a esos momentos íntimos en que se entrega el hombre con el alma desnuda de artificio.

Para aliviar mi conciencia y enmendar el yerro, antes de cerrar para siempre las páginas de este libro, que yo deseo perdurable sólo porque con él **Su Sombra** se prolongaría en el tiempo, quiero contaros una historia triste, a manera de epílogo.

Una historia triste y pura — corona de azucenas para las sienes del payaso.

Arturo adoraba a su hija menor, a Mariíta —la gentil tonadillera, como dicen los carteles —que ha heredado la simpatía y los ojos celestes de su padre.

Arturo puso en ese afecto todo lo que en su alma había de infantil. Puso toda su alma.

No eran un padre y una hija; eran dos niños que congeniaban y se querían, dos buenos camaradas.

Se prestaban servicios, **servicillos**. Cuando uno decía: "hazme este **servicillo**", el otro no podía negarlo, fuera lo que fuera. Se guardaban secretos, tenían señas convenidas que nadie entendía más que ellos, jugaban al pillarse por el escenario.

Iban juntos al cine. Les encantaba seguir las películas de series. Sobre todo, esas llenas de bandidos, secuestros, descarrilamientos y otras espeluznantes aventuras.

En una de esas cintas, "**El camino de hierro**", que no se terminaba nunca, trabaron, conocimiento con dos feroces desalmados: **Ofidio** y **Laccen**, dos tipos de barbas hirsutas, que andaban a tiros y a puñaladas, y lograban escaparse de todos los peligros.

Tanto admiraban a los bamboleros, que terminaron bautizándose con sus mismos nombres. Mariña era Ofidio; Arturo, Laccen.

Se habían identificado con ellos y se llevaban tramando diabluras para emular a sus ídolos de la pantalla. Conspiraban. Se habían puesto inaguantables.

Este juego inocente, tenía una gran belleza: mostraba el corazón de un padre en toda la envidiable debilidad de su cariño.

—Oye, Laccen, me tienes que llevar al cine para ver cómo nos robamos el collar — ordenaba Mariña.

—Iremos, Ofidio, tú me dominas — respondía Arturo.

Y esa mañana angustiada, cuando entró Mariña al cuarto del hospital, donde yacía su pa-

dre, se arrojó sollozando sobre el cadáver y no
lijo más que esta sola frase mientras besaba la
frente inmóvil:

—¡Murió Laccen!...

FIN

INDICE

| | Página |
|---------------------------------------|--------|
| I. A telón corrido..... | 7 |
| II. La noticia..... | 17 |
| III. Boceto para un retrato..... | 25 |
| IV. Trago amargo..... | 33 |
| V. Infancia y juventud..... | 47 |
| VI. Campañas juveniles..... | 55 |
| VII. La primera compañía nacional.... | 65 |
| VIII. El actor..... | 75 |
| IX. El artista Criollo..... | 83 |
| X. El bufo Bührlé-Dada..... | 89 |
| XI. ¿Por qué Bührlé hacía reír?..... | 95 |
| XII. El compañero de escena..... | 101 |
| XIII. El pasional..... | 113 |
| XIV. La locura..... | 121 |
| XV. Los recursos de la astucia..... | 129 |
| XVI. El amigo..... | 139 |
| XVII. La jira trágica..... | 145 |
| XVIII. El último viaje..... | 150 |

SERIE DE ANECDOTAS

| | Página |
|------------------------------------|--------|
| Pan por charqui..... | 163 |
| Si no paso no hay función..... | 166 |
| ¡E viva Cristophoro Colombo!..... | 169 |
| Un representante del fascismo..... | 174 |
| La capa de Armando Mook..... | 175 |
| Alemán de Valdivia..... | 177 |
| Bombones de chocolate..... | 179 |
| Muchos títulos..... | 181 |
| Un puerto de salvación..... | 182 |
| Un piano..... | 184 |
| El tonto de la escopeta..... | 186 |
| Una desconocida..... | 188 |
| Un temporal en Valparaíso..... | 190 |

EPILOGO

| | |
|----------------------|-----|
| Ofidio y Laccen..... | 195 |
|----------------------|-----|

Fé de erratas

| Página | Línea | Dice | Debe decir |
|--------|-------|-----------------|---------------------|
| 15 | 13 | extremecer | estremecer |
| 40 | 17 | aviador, | aviador |
| 60 | 31 | uans | unas |
| 71 | 9 | jira | gira |
| 73 | 2 | heróicos | heróicos |
| 115 | 14 | joven | joven, |
| 118 | 31 | vox | voz |
| 141 | 8 | el | al |
| 142 | 4 | Babater | Sabater |
| 143 | 18 | exhuberante | exuberante |
| 145 | 1 | jira | gira |
| 147 | 1 | » | » |
| 147 | 13 | desanimo | desánimo |
| 171 | 34 | exámen | examen |
| 172 | 12 | extentórea | estentórea |
| 192 | 4 | no tuvo remedio | no tuvo más remedio |
| 199 | 19 | jira | gira |
